

Yoga para colibríes



*Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia*

Villamizar Ceballos, Adriana, 1964-  
Yoga para colibríes / Adriana Villamizar Ceballos. -- 1a. ed. – Santa Marta : Universidad del Magdalena, 2017.  
128 p. – (Libros artísticos y culturales)

Incluye datos biográficos de la autora.  
ISBN 978-958-746-089-6 -- 978-958-746-090-2 (digital)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título II. Serie

CDD: Co863.5 ed. 23 CO-BoBN– a1008125

Primera edición, octubre de 2017

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena  
Carrera 32 No. 22 - 08  
(57 - 5) 4217940 Ext. 1888  
Bloque 8 - Segundo Piso  
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia  
editorial@unimagdalena.edu.co

Colección: Libros Artísticos y Culturales

Rector: Pablo Vera Salazar  
Vicerrector de Investigación: Ernesto Amaru Galvis Lista  
Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño de portada y diagramación: Luis Felipe Marquez Lora  
Corrección de estilo: Gran Caribe, Pensamiento, Cultura, Literatura  
Santa Marta, Colombia, 2017

ISBN: 978-958-746-089-6 (impreso)  
ISBN: 978-958-746-090-2 (digital)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia  
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

Adriana Villamizar Ceballos

# Yoga para calibrés

Colección: Libros Artísticas y Culturales





“Los libros, las canciones y los pianos  
el cine, las traiciones, los enigmas  
mi padre, la cerveza, las pastillas, los misterios, el whisky malo  
los óleos, el amor, los escenarios  
el hambre, el frío, el crimen, el dinero y mis diez tías  
me hicieron este hombre enveredado.  
Si alguna vez me cruzas por la calle,  
regálame tu beso y no te aflijas,  
si ves que estoy pensando en otra cosa  
no es nada malo, es que pasó una brisa  
la brisa de la muerte enamorada  
que ronda como un ángel asesino,  
mas no te asustes, siempre se me pasa  
es solo la intuición de mi destino...”

Fito Páez



## Índice

Nardos en botellas.....	9
Muy buenos días, extraño.....	17
Jacobo.....	21
Jueves.....	23
Yoga para colibríes.....	29
Pasiones de salas oscuras.....	33
Abandonos.....	35
El hombre del gabán.....	41
Deshojan un tal vez.....	45
Encuentros.....	49
Olvido.....	55
Catador experto.....	57
“Hojarasca”.....	67
La bóveda caleidoscópica.....	73
Él, Ella, y El Otro Él.....	79

La cita en <i>La viruta</i> .....	83
Siempre viva.....	89
Por un poco más de amor.....	101
Solo un <i>Flashback</i> .....	105
“Solos, nosotros dos”.....	109
85 kilos, 98 gramos.....	117
Una mujer llora en la cafetería de un supermercado.....	123

A mis padres, por estar siempre cerca.

## NARDOS EN BOTELLAS

“¡Putá! Puuuta, ¡se me va a estallar la cabeza! ¡Ay, no, esto no puede ser! ¿Qué hace esta mujer aquí? ¡Dios! ¡Totalmente desnuda! ¿Y yo? También... Conclusión clara. ¡Cómo fui capaz de echarle un polvo a este adefesio! ¡Vení!, ¡Gloria, despertáte, movéte! ¡No, sí seré bruto! Despierta va a ser peor. ¡Y ahora qué hago! ¿Cómo me acosté con mi vecina? Lo peor es que no me acuerdo de ni mierda. ¿Por qué no sé decir no? ¡Harvey Gómez, por favor! ¿Cuántas veces más pretendés aguantar un guayabo terciario de estos? Ya lo sabés, se te borra por completo la película después de la primera botella. No me acuerdo de nada. ¡Agua, agua! ¿Alguien me puede traer un vaso con agua? ¡Sí sos bien pendejo! ¿Quién te va a traer agua? No hay nadie más que Gloria, tu vecina de enfrente. Y lo peor, parece muerta. ¿La habré matado? No, no, todavía está caliente, pero no la va a despertar ni un terremoto. ¡Ya! Ya empiezo a recordar, nos pusimos a escuchar al buen Louis, *tarán, tan, tan, my dream come true... I'm blueberry Hill*. ¡No!, ¡protagonicé el peor ridículo de mi vida! Yo, Harvey Gómez, hice un *striptease* más grotesco que el de Full Monty. ¡Esto no me lo voy a perdonar nunca! ¿Ahora Gloria pretenderá terminar con mi adorable libertad? ¡Ni de riesgos! Ella, ella es la que tiene la culpa. ¡Claro! Llegó con el cuentico ese de siempre”. “Hola, Harvey, mira es que hice un pollo almendrado y... Ya. ¿Sabes? Soy incapaz de cocinar para una sola persona, y... pues te traje, porque si lo dejo en casa se va a dañar. Además, mira, en la empresa me regalaron esta botella azul de tequila, linda, ¿no? Quitapenas, ¿será que en verdad quita todas las tristezas? Te la traje porque no me gusta tomar sola, mejor te la regalo... Y, ya. Eso sí, guárdame la botella, ¿te imaginas cómo se verán de hermosos unos nardos con sus tallos largos y delgados?”. “Sí, Gloria, deben verse muy bonitos. ¿No te podrás quedar calladita, mi amor? Pero claro, el más idiota de todos dijo: ¿por qué no pasás y tomamos aunque sea un trago? ¡Vaya pendejo! De golpeo en golpeo, el resultado es esta resaca tan horrible y... ¡Mi vecina! Nunca cruzamos más de treinta palabras, pero anoche, de seguro nos cruzamos todo. Óscar no contesta. Preciso ahora. ¿Dónde estará este huevón? De esta salgo bien librado, me hago el dormido. Ella se

levanta primero y se va para su casita. Después me excuso diciendo que soy el más despistado y no hablo más del asunto, supuestamente no me acuerdo de nada, ¿no? Eso es lo que voy a hacer”.

Cuando finalmente viniste a decirme lo que pasaba con Gloria Calle, no le di la importancia que reclamabas. De esa manera me lo contaste, Harvey. Tal vez así lo sentías o estaba en tu memoria, ésa que ya no está para contarlo. Espero no haya olvidado ningún detalle. Espero, también, usar con exactitud tus palabras, como las traigo a mi mente ahora.

Tuve que salir de la inercia en la que me había aposentado después de cremar tu cuerpo. No iba a pasarme la vida lloriqueando y acusándome de ser un investigador ineficiente. Saqué fuerzas de quién sabe dónde para entrar de nuevo al despacho. Y como jugarreta, que no era del destino, allí estaba esperándome con toda su altivez una botella delgada con aguas turbias y un nardo tan muerto que ya no desataba ningún olor.

Sigo sin entender cómo Gloria Calle consiguió hacer llegar su fetiche hasta mi oficina, pero logró lo que seguramente pretendía: hacerme recordar lo que no quería recordar, y llevarme a reconstruirte en hojas de papel encabezadas con un membrete azul que reza: Óscar Campo, investigador privado, teléfonos, tales y tales, dirección X con esquina Z. Mejor acabo con estas anotaciones y pienso en un oficio nuevo.

El día en que Gloria Calle arremetió de lleno en la vida de Harvey, según él, horas interminables después, se despertó, lo abrazó y esperó la respuesta a varios de sus besos apasionados. Hizo hasta lo imposible para que él se levantara, le dijo cosas al oído y le acarició el pelo con ternura. Harvey quiso enfrentarla, echarla y hasta inventar “una poción de olvido con las mismas gotas de tequila de la esbelta botella”, pero siguió fingiendo que dormía, hasta cuando ella se rindió y se fue a su apartamento dejando un succulento desayuno con *omelet*, pan de centeno, mermelada, mantequilla y el aroma de un café caliente que inundó toda la habitación.

El desayuno apenas lo tocó, lo que sí tomó Harvey a sorbos placenteros fue la bebida oscura que calmó algunas horas el sinsabor de su resaca. Pensó que iba a salir bien librado, pensó también que sería muy simple. Gloria, como era de

esperarse, se iría apenada y nunca más se tocaría el asunto. Él, por el tiempo que fuera necesario, seguiría escudándose en una amnesia alcohólica y luego pronunciaría sus palabras preferidas: “asunto solucionado”.

Pero no fue así. Cuando vino a buscarme, vociferaba desesperado: “prometeme que no te vas a reír por lo que te voy a contar”. Yo se lo aseguré, aunque después solo pude contener las risotadas al notar que en su rostro había una angustia muy clara. Ahora vuelvo y me acuso de ingenuo aprendiz. ¿Cómo le creo a desconocidos y no atendí al único cómplice que logré conservar desde la infancia? Ya muchas veces nos ha pasado, le dije. “Harvey, te acuestas con una mujer y al día siguiente quiere instalarse en tu casa como la gran dueña y señora. ¿Qué tiene eso de particular? Además, tú eres el experto para decir ‘asunto solucionado’. ¿Te vas a asustar ahora porque no estás poniendo las reglas?”.

“¿No entendés, Óscar? ¿Te parece poco? Mirá, llego a mi casa y tengo mil mensajes en la contestadora, otros diez mails con insulso y ridículo te amo. Entro a mi propio apartamento como si fuera un ladrón. Luego, no puedo ni encender las luces porque esta mujer se parquea en la puerta y no la saca nadie de ahí hasta que hable con ella. Te juro que en los primeros días hasta me divertía. Gloria aparecía exactamente cinco minutos después de que yo llegara, me ofrecía su bendito pollo almendrado o el rollo de carne y no sé cuánta pendejada más. Y yo, claro, caía redondito. ¡Maldita sea, dejá de reírte que es verdad! Al comienzo traté hasta de tener una amistad con ella, como con cualquiera, pero esto de que te quieran convertir la vida en la primera persona del plural y de remate con futuro imperfecto es lo peor”.

“Estás totalmente loco, Harvey. ¿Cómo así que quieres hacerle un seguimiento a tu vecina, porque sientes que te está acosando sexualmente? ¿No crees que lo podrías dejar como un caso de simple enamoramiento? La verdad, no tengo razones para montarle un operativo de investigación a esta mujercita indefensa, aunque lleves un mes soportando su acecho. No, no puedo hacer nada”.

“¿Indefensa? No, Óscar, esa mujer puede enloquecerme, te lo juro. Además, hay algo que todavía me hace dudar: pocas veces me acuerdo de las cosas que hago cuando estoy borracho, pero es que aparte del *striptease* se borró todo,

laguna total. ¡No te burlés más! Las ridiculeces las podemos hacer todos en algún momento. ¿Pero no te parece muy raro que no me acuerde de nada?”

“¿Estás insinuando que te dio un somnífero o un *quereme* con su delicioso pollo almendrado?”. “No sé, ya estoy tan desesperado con esta mujer que estoy a punto de empezar a buscar un apartamento nuevo. ¡Ah!, además hay otra cosa bien rara, desde ese día sufro de ftofobia, delirios y taquicardia, y no estoy armando tormentas en vasos de agua, ¿pero vos sabés lo que significa tener ftofobia, cuando se supone que sos el director de fotografía más solicitado para comerciales?”

Harvey estaba realmente desesperado, y yo no sabía cómo ayudarlo. Opté por seguirme divirtiendo, así tal vez mi amigo olvidaría el mal rato. “¡No! Ni por el putas. No voy a escuchar tus maravillosas ideas. Nunca me gustó, eso te lo expliqué claramente. El culpable de todo es el tequila de más que tomé. El cuentico es cierto: ‘el alcohol embellece’, pero desde esa noche te juro que no la he tocado. ¡No, no y no! Ni te lo creas, no voy a hacerlo otra vez. Así pienses que es la mejor solución. Gloria está verdaderamente loca y es con la que menos puedo imaginar una relación formal. ¿Cómo no va a estar loca una mujer que no te deja ni respirar? Algo muy raro se trae, y no voy a ser yo el que lo descubra”.

El problema inicial era que no podíamos acusar a una mujer por el delito de enamorarse, ¿suena totalmente ridículo, no es así? Harvey, haciendo un teatro de cuarta con llanto incluido, me convenció para que la investigara. Pero mis pesquisas no fueron ni exhaustivas, ni fructíferas. Gloria Calle aparecía ante todos como una mujer totalmente inofensiva. Se desempeñaba como bacterióloga en un laboratorio particular y actualmente hacía una investigación sobre los efectos que tenía en los seres humanos la pérdida progresiva de los estrógenos y de la testosterona. Esto, obviamente, no tenía ninguna relación con Harvey y su producción hormonal. Traté de calmarlo, asegurándole que algún día ella se aburriría de perseguirlo.

“¿Por qué no pruebas invitándola a un lugar neutro? Le dices de frente que definitivamente no te interesa y santo remedio”. No sé si lo llevé a la muerte con esto. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Tal vez dos semanas. Ya no importa. El último día que hablé con Harvey me dijo: “Seguiré tu consejo, la invito

a cenar y en pocas palabras le pido que me deje en paz”. Después recibí la llamada: “Investigador Óscar Campo, encontramos una tarjeta suya en la billetera de un hombre que se lanzó al metro esta madrugada. Según los otros documentos, dice aquí que su nombre era Harvey Gómez. Lamentablemente su rostro quedó irreconocible. Necesitamos que venga a identificarlo”.

El reconocimiento no fue tedioso. Muy pocas personas en esta ciudad fría y nebulosa conservan el color de piel que Harvey había logrado, después de largas sesiones en las camas de bronceado del gimnasio donde asistía como si fuera su lugar de culto. Además, se había hecho una reconstrucción oral costosísima, porque siempre creyó que una sonrisa perfecta era el elemento más importante en una conquista. Allí seguía intacta su reconstrucción, pero sin el sujeto para sonreír.

Los resultados de la autopsia dictaminaron suicidio como la primera hipótesis. Pero la presencia exagerada de un alcaloide no muy común me llevó a una indagación bastante tardía. Harvey, de vez en cuando, sobre todo en jornadas de filmación muy largas, acostumbraba ingerir cocaína, pero no era esta sustancia la que aparecía en la necropsia. En el minucioso examen se descubrió que en los últimos meses había consumido una sal similar, pero mucho más peligrosa.

El patólogo lo clasificó como un alucinógeno que proviene de la familia de las solanáceas y que desde tiempos inmemoriales es usado en ritos chamanísticos, porque se le atribuyen poderes adivinatorios. Químicamente se le conoce como hioscina, una sal traslúcida a la que vulgarmente se le llama escopolamina y que puede ser extraída de la raíz del beleño. En pequeñas cantidades produce fotofobia, insuficiencia respiratoria, delirio, pérdida de la memoria y alucinaciones. Una cantidad mayor puede llevar a la parálisis respiratoria, a un estado de coma severo y, claro está, la muerte. Gloria Calle seguramente le había suministrado pequeñas cantidades de escopolamina a Harvey, pero ¿cómo demostrarlo?

Al igual que todas las mujeres que esporádicamente amaron a Harvey, Gloria se encargó de darle el cupo total de lágrimas a la iglesia donde le dijimos adiós. Cuando la reconocí, no me pareció “el total adefesio” del que hablaba Harvey, aunque, efectivamente, no podría clasificarse en el mismo grupo de las mujeres hermosísimas que lloraban sin consuelo esa tarde.

Una nariz muy larga y demasiado recta deforma su rostro redondo, con ojos pequeños y poco expresivos, aunque trata de resaltarlos con unos pocos mechones de pelo oscuro que le caen sobre la frente, y apenas dejan ver unas delgadísimas cejas depiladas en forma horizontal. Sus labios, también insignificantes, y sus dientes excesivamente largos, angostos y separados.

Llamaba entonces la atención por esa escasa armonía y porque en vez de llevar una rosa roja en la mano, amenazaba con su nardo finamente cortado. Lloró como las otras, pero pausadamente. Me le acerqué después de la ceremonia y me presenté como el mejor amigo de Harvey.

Comencé a indagarla sin titubear. “Me contó muchas cosas de ti, parece que cocinas muy bien, ¿no?”. Con toda la alevosía, hablaba poco para proyectar una especie de aura enigmática. En ella era obvio tener que acudir a estrategias diferentes. Le insinué que me invitara a su casa a tomar un café, pero se disculpó diciéndome que todo estaba patas arriba desde la muerte de Harvey. No le creí. ¿Cómo una mujer tan neurótica podía ser desorganizada?

Al final aceptó que la llevara al restaurante de Álex, otro compañero de parrandas que encontré en el sepelio de Harvey, y que, solo por ayudarme, accedió abrir las puertas del lugar donde brotaban en todos los rincones las nostalgias de Harvey.

Nos sentamos en una mesa apartada de la barra. Le pregunté a Gloria por su trabajo y hasta comencé a coquetearle sin muchos rodeos. Cedió, y aceptó un vino, aunque seguía aparentando ser indescifrable. Empezó a reírse cuando le conté recuerdos de nuestra niñez, y aproveché para disculparme un momento. Me dirigí hacia el baño, haciéndole una seña a Álex para que me secundara.

Desde allí la observé. Era una experta. En tanto caminé unos pasos, su rostro indefenso comenzó a transformarse y buscó algo en su cartera. Qué iba yo a saber, si era un odio inexplicable o tal vez su avanzada locura, pero tomó un pequeño frasco que tenía en un bolsillo. Vertió la sal incolora en mi copa de vino y la revolvió, sin dejar de mirar hacia cada lado para no ser descubierta.

Le pedí a Álex que nos interrumpiera antes del brindis y que se ideara alguna torpeza para regarle su vino en el vestido, así lograría que ella se ausentara

por algunos minutos. Álex lo hizo sin despertar ninguna sospecha. Mientras Gloria estaba en el tocador, aproveché para invertir las copas. Cuando regresó y bebió el primer trago, sus ojos comenzaron a apagarse. Luego se sumergió en un estado de excesiva tranquilidad. Es muy cierto lo que investigué acerca de la escopolamina. Quién sabe si en repetidos momentos la habrán utilizado para que la persona drogada se explaye en sus confesiones. Le pedí que me llevara a su casa y aceptó, como si le estuviera dando una orden.

Gloria se quedó sentada en un sofá mirando a ningún lugar, mientras yo inspeccionaba la casa. Saqué la grabadora y la dejé encima de una mesa cercana. Era verdaderamente delirante y obsesiva: fetiches inenarrables, velas de todos los tamaños y colores, máscaras de diferentes culturas, artesanías en miniatura. Cada detalle estaba ordenado estricta y maníacamente. Muy cerca de la ventana que miraba hacia la habitación de Harvey, había una fila de tres espigadas botellas de tequila con esos nardos que ya comenzaban a molestarme. Entonces descubrí que no eran ni simples talismanes ni simples adornos. La última estaba ligeramente más adelante que las otras. Esto me indicaba que Gloria Calle había matado a dos hombres más, aparte de mi amigo.

“¿Por qué Harvey? Si no me equivoco te dio a entender claramente que no quería nada contigo”. “¿Por qué él? Nos íbamos a casar”. “¡Eso es mentira, Gloria!” “No estoy hablando de Harvey. Gustavo y yo estábamos haciendo los preparativos para nuestra boda. Hasta pensamos que nos ganaríamos un premio de investigación con lo que él llamaba ‘nuestra sal de la verdad’. No nos atrevimos a usarla con pacientes, optamos por experimentar nosotros mismos, con pequeñas dosis. Pero un día tomó más de la cantidad y murió instantáneamente. Paro respiratorio. Y ya, se fue, me dejó”.

“¿Quiénes son los otros? ¿A quién más mataste?”. “¿Otros? Un imbécil igual a su amiguito del alma, uno que creyó que yo podía ser caballo de montar. No, peor, porque un buen caballo tiene que cuidarse, contemplarse y además cuesta muchísimo dinero. Es solo un nardo más para mis botellas... Una sonrisa igual a la de Gustavo”. “¿Qué? ¡Maldita local!”. “Se llamaba Álvaro, lo conocí en un bar. Entró con aires de querer ligarse lo que fuera, pero yo fui la única que le hizo caso. Y como ustedes no tienen más opciones que mandarnos a la cama, me revolqué con él. Y ya. Después le di la sal, lo acompañé al metro y le dije que se lanzara. Y ya, eso es todo”.

“Con Harvey fue distinto. ¿Sabe que me estaba comenzando a enamorar de él? Me producía ternura su angustia por sacarme del camino, y ese desespero que le daba por ser amable. Hasta dejó de invitar una distinta cada semana. Pero me dio mucho coraje cuando me dijo que todo había sido un error, un producto de la borrachera. ¿No pueden inventarse algo más inteligente? No soporté su rechazo, eso fue. No más. Me lo dijo con toda su decencia, pero no estaba dispuesta a aceptarlo. Y ya. Igual a usted, me llevó al bar de Álex y soltó su discurso evasivo. Y ya, ¿no entiende? Le eché la misma cantidad que preparó Gustavo esa última vez, la misma que usé para Álvaro. Y simple, le dije que se lanzara al túnel del metro si no aguantaba más, ahí nadie iba a notar el bulto”.

“¿Qué? ¡No más! ¡No quiero saber más!” “Pues ahora aguántese. Lo acompañé hasta la entrada. Sabrá lo que dijo, ¿no?: ‘esto es asunto solucionado, eso es lo que voy a hacer’. Se aventó el muy iluso. Y ya, eso es todo”. “¿Y ya? ¡Es todo! ¡Loca de mierda! ¿Cómo fue capaz?”. “Volví a la estación cuando estaban recogiendo el cuerpo y me cercioré de que estuviera muerto. Algún día tenían que recibir de su propia medicina”.

Dejé a Gloria Calle sin importarme si la ración que me correspondía la llevaría a la muerte. Pensé que tal vez permanecería durante muchas horas en su estado de letargo, mirando esas botellas con los nardos que transpiraban el recuerdo de sus muertos. Tomé la grabadora y salí. Después tuve que justificar la forma como logré su confesión: “Me tocó usar el arma del asesino. No tuve otra salida”.

La internaron en un hospital psiquiátrico antes de dictarle una orden de aprehensión, pero no creo que pueda salir rápidamente. Ahora lo sé, Gloria podrá justificar su locura en los viejos odios que la llevaron a matar. Pero yo, Óscar Campo, no sé hasta cuándo podré asumir que ése último nardo encontró su lugar en la esbelta botella azul de tequila.

A Tomás González

## MUY BUENOS DÍAS, EXTRAÑO

Salgo a caminar en la madrugada, el destino es un gimnasio temporal situado a varias cuadras del lugar, también pasajero, que habito desde hace un par de semanas y donde no logré sentirme en casa. Lo intuí desde el primer momento, ni haciendo todos los esfuerzos hubiera llegado a sentir eso que algunos llaman “el acostumbrarse”.

La luz del día es aún muy escasa, pero ya el recorrido lo he hecho otros amaneceres y al parecer los peligros no saltan de las esquinas. Hoy sí. Desde el portón escucho a un hombre que canta con voz enrevesada, lo miro de lejos. Él también me observa y aunque tambalea se dirige decidido hacia mí. Ya no puedo dar marcha atrás o inventar que algo se me ha quedado para evadirlo en mi paso.

Tampoco es bueno cambiar de acera, pienso. Lo recuerdo, hace un par de días también cantaba con la lengua enredada y exigía cigarrillos en una tienda, mientras yo compraba los míos. Su aliento a licor era muy fuerte, a pesar de la brisa furibunda de enero en la playa. Zarandeaba una botella de aguardiente barato y reclamaba sus tabacos. No pude evitar alejarme un poco. Con su intenso y alicorado aliento, también brotó la acidez molesta del cuerpo y el pelo enmarañado que no recibe agua desde tiempos inmemoriales.

Su cercanía se hace más peligrosa. Estoy a unos pasos de él. Ese andariego borracho me ha hecho recordarlo. Llegan a mi memoria palabras de un extraño y lejano amor. En su insistencia por crear él mismo un insondable y marginal universo, alguna vez huyó de otra mujer con la que vivía, y logró perderse aún más. Prefirió dormir en la calle para seguramente no tener que escucharla, ni a ella ni a nadie.

De vez en cuando me contaba algunas historias de esa vida. Un día caminábamos por una calle muy transitada y a un hombre que llevaba un carromato destartado se le cayó una herramienta sobre el pavimento. Yo

iba a lanzarme a recogerla, pero en ese instante me fue imposible atravesar la calle. Entonces lo llamé para que se diera cuenta de su olvido. El hombre me miró atento hasta que comprendió. Sonrió amable y desdentado, para después retroceder por lo que seguramente hacía parte de su quehacer diario. Después se despidió más amable, más agradecido, y hasta se aventuró a declararme atropellados halagos.

Mi intringulado amor me observó complacido, pude, o eso creí, capturar en sus ojos un pequeño resquicio de apasionamiento por mi actitud, aunque solo me dijo: “lo llamaste y en la calle eso vale más que cualquier cosa”. Ese día no lo entendí muy bien o no lo medité lo suficiente. En otro momento y no tan en la madrugada me había topado con un habitante de la calle que al verme comenzó a restregarse su pene. En mi ataque de pánico, opté por saludarlo con un “muy buenos días, señor”, que, antes del tipo asimilar, me dio tiempo para acelerar la bicicleta. Hoy no era mi escudo y la calle permanecía demasiado sola.

No me detuve, ni ante el inclemente ventarrón que intentaba retrasar mi cuerpo, sin un ápice de volátil o liviano. Tampoco bajé la mirada, y lo saludé igual, con esa frase aprendida de tiempo atrás. Ahora la realmente sorprendida fui yo. Apenas usé como arma mi “muy buenos días, señor”, el hombre, embriagado hasta los tuétanos, se lanzó sobre la calle y se acostó besando el pavimento, mientras entre cantos y gozos repetía mi saludo y me llenaba de elogios, como a una reina de pueblo en carnavales. Apresuré mis pasos y lo observaba de reojo, intentando no carcajearme con miedo y estupor.

Finalmente llegué a la esquina, perdiéndome hacia la acera que me llevaba rápidamente hacia el malecón donde había varios madrugadores que trotaban sobre la arena. Volvieron a mi mente recuerdos de mi insólito enamorado, ése que ya no estaba cerca para hacerme comprender. Y apenas hoy, en estas calles y en la playa que recién transito, logro descifrarlo.

Solo cuando habían transcurrido varios años de nuestra convivencia, pensé que había logrado escudriñar en sus razones, en esas incontables extrañezas y en sus maltrechos andares. Pero justo en ese momento él empezó a alejarse cada vez más, y más, hasta encerrarse tanto en esa corrugada y malsana caparazón construida por él mismo, que fui yo la que propició su partida definitiva.

Cuando llegué a la puerta del gimnasio donde el entrenador ya no me es extraño, le conté que me cambiaba de barrio para estar más cerca de mi lugar de trabajo, me miró apesadumbrado y habló de bienvenidas cuando regresara por esta zona de la ciudad.

De inmediato volví a mis recuerdos, a los pensares en ese amado inabordable y distante. Tal vez, a quien saludaba era a él, tal vez, como a los otros errabundos, no me los tope de nuevo, y no regrese a esos lejanos amores de extraños, más que en frases que esta mañana me recordaron historias contadas por desconocidos que llegan, casi siempre de paso, y luego, de improviso, se hacen cercanos, amigos, o maestros, para rehacernos y provocarnos a cruzar la esquina de enfrente y enrutarnos hacia otras, muy diferentes veredas.



## JACOBO

Caen la noche y el invierno en un octubre cualquiera. Arrecia una tempestad en la pequeña ciudad de Tewksbury. Desde la estrecha habitación, un hombre de cuarenta años llamado Jacobo enciende un cigarrillo y observa la carretera a través de la ventana. El vaho que expulsa tras la primera bocanada estalla contra el vidrio empañado de lluvia y neblina.

Llora inmutable mientras termina un vaso de whisky barato sin hielo. Cubre su cara con las manos y se arruga la piel con desespero. Las sienas le palpitan incansables, para no permitirle contener sus lágrimas. Su apariencia de palidez y cansancio dejan ver que lleva varios días sin dormir ni probar bocado.

Sobre el piso de madera añeja del espacio en penumbra, hay evidencias de una fuerte discusión. Cerca de Jacobo hay ceniceros infestados de colillas, botellas vacías desparramadas sobre los listones, y algunos muebles patas arriba.

Al fondo, junto a la puerta de la estancia, se revelan las piernas rollizas de una mujer que mañana podría cumplir ochenta años. Desde su espalda, un hilillo de sangre seca se ha camuflado con la cera carmín.

El cielo es atravesado por un relámpago, encandila el metal de una silla de ruedas desplomada que aprisiona el cuerpo inerte y la hoja de un cuchillo grande de cocina ensangrentado.

Las facciones de la anciana, en extremo similares a las de Jacobo, aún conservan el terror en el rostro que dejó de existir, probablemente, hace más de tres días.



Para Alberto.

## JUEVES

El embeleso llenaba las mañanas de Clarisa cuando Emilio le relataba sus travesías. Le gustaba contemplar su rostro al despertarlo, y prolongar la espera para escuchar los sueños que había tenido en la madrugada. Lo acariciaba con besos cortos y suaves, dejándole un poco de su aliento en la hondura de los ojos. Entonces, Emilio sonreía, mirándola despacio.

“Era un bosque”, le dijo hace unos días. “¿Con hadas?”, preguntó Clarisa. “No lo recuerdo”. Clarisa caminó hacia la cocina protestando. “¡De qué me sirve un bosque sin hadas!”, gritó molesta. En las últimas semanas los sueños de Emilio no terminaban de gustarle. Las aventuras parecían acabarse. ¿O eran invenciones para ella? Se lo cuestionaba, sintiéndose cansada de todo. Y más hoy. No estaba dispuesta a resistir otro jueves.

Clarisa se preguntaba si algún día Emilio dejaría de soñar. Si eso también lo heredaría. “No temas por eso”, le aseguró, mientras jugueteaba en la bañera. “Seguramente voy a recordarlo. Pudo ser un duende, un elfo o un dragón de alas púrpuras”. Emilio se sumergió en la tina y al salir le arrojó un poco de agua. No quería sentirla enojada, cuando apenas faltaban un par de horas para la única visita permitida en sus vidas.

Clarisa intentó disimularlo, aunque a medida que se acercaba el momento se hacía más irascible. No era verdad que Gilberto los amara tanto, como les repetía mientras sus manos regordetas los violentaban. Sobre todo, a ella. A Emilio ya no lo tocaba. Haciendo memoria, habían transcurrido seis años desde esa última vez, apenas se instalaron en la casa donde ahora vivían, para dejar de vagar como peregrinos entre un poblado y otro. Esa fue la circunstancia que aprovechó Clarisa para inventar la extraña enfermedad del sueño que padecía Emilio. Así logró convencer a Gilberto, y quizás no volvió a acercársele por temor a contagiarse.

Emilio fingía caer en un sueño profundo, tan pronto como sentía la compuerta abriéndose, el trinar metálico de los candados y el minúsculo rayo de luz que se colaba sobre una sola de las esquinas del cuarto. De inmediato, el viejo le alzaba la falda, y sin quitarle siquiera los calzones, la penetraba hasta quedar tendido junto a la chimenea. Y así Clarisa ya estuviera en la cocina preparando la cena, Gilberto seguía babeando y gimiendo de placer.

Emilio nunca se lo mencionó, pero sospechaba que Clarisa había dejado de soñar por las visitas de los jueves. A pesar de todo, insistía. Siempre le preguntaba al despertarse si podía recordar algo de sus sueños y ella respondía su retahíla: “¿Cómo te lo explico? Desde que naciste no volví a soñar. No recuerdo nada. Se acabó Emilio, no seas tan metiche. Más bien me cuentas este último viaje”.

Al despuntar la madrugada del viernes, Gilberto cerraba las aldabas del avejentado portón del sótano y se dirigía al bus que lo regresaba a la fábrica del pueblo vecino. Como si implorara, Clarisa se hincaba de rodillas en las escaleras. La calma solo volvía al escuchar los pasos del viejo alejándose hacia la carretera. Pretendía ocultarlo, pero al levantarse se quejaba del dolor en el vientre.

El jueves siguiente sería igual de insoportable. El mismo canasto con provisiones, el gastado uniforme con manchas de aceite, el hedor al whisky más barato y las heridas nuevas de las láminas en hierro con las que según él podía alimentarlos y seguirlos queriendo, como los quería.

Emilio la observaba desde la cama, preguntándose de dónde sacaba la templanza para mirarlo y sonreírle como si nada sucediera. Para él todo regresaba a la normalidad. Clarisa volvía a la habitación para despertarlo de su duermevela. Primero le daba besos cortos y se le acercaba al oído, susurrándole la misma pregunta.

Debía comprenderlo. Todos los sueños no podían ser a su manera. Además, en los últimos días no lograba escuchar a nadie a través de las paredes de la chimenea, y eso se lo ocultó a Clarisa. Era como si de pronto la gente del pueblo hubiera desaparecido. Después lo comprendió. Los vecinos más cercanos vivían a tres cuadras de la casa.

Un par de semanas atrás, Emilio se pegó a las paredes para escuchar la historia que dos personas contaban mientras recogían los frutos del naranjal. Seguramente aprovecharon que Gilberto estaba en la fábrica. Hablaban sobre una mujer que de repente una noche se lanzó al mar. A diario caminaba por el malecón de una playa, esperando al hombre que amaba y le había prometido volver, pero su enamorado jamás regresó a buscarla. Esa historia no podía contársela a Clarisa, por eso fantaseó el relato que ahora ella pedía volver a escuchar. El sempiterno sueño de vivir en una casa junto a la playa y corretear las gaviotas, después de bañarse en el mar.

La verdad era que Emilio a veces no recordaba sus sueños. Los inventaba o recordaba pasajes de los libros que Gilberto algún día llevó para avivar la chimenea. Clarisa aceptó a regañadientes en tanto Emilio se negó, advirtiéndole que si le hacía caso a Gilberto dejaría de soñar por siempre.

A Clarisa esa mañana no le gustó el juego del agua sobre su rostro fatigado. Necesitaban apresurarse. Le permitió dormir más horas de las acostumbradas, y lo peor, sin ningún resultado. Emilio ya no tenía ganas de contarle cómo continuaba ese sueño que a ella le encantaba escuchar porque le traía recuerdos de la niña que alguna vez fue. Lo sabía de memoria, pero se emocionaba al escucharlo de nuevo. La caminata por la playa donde había un faro con doscientos escalones.

Está bien, dijo Emilio. Sí, ellos corrían tras las gaviotas, la espuma tibia y blanquecina les coloreaba los pies y la fogata se avivaba con la brisa nocturna desde la casita donde vivían, sin que nadie los visitara los jueves. Sin embargo, hoy estaba decidido. No iba a fingir la enfermedad del sueño. Clarisa lo amenazó entonces con dejarlo. Le haría caso a Gilberto, se iría con él y nunca más volvería a verla. Se quedaría solo, encerrado, como vivían desde que él tenía memoria.

Emilio le rogó que no lo abandonara. Le recordó otro sueño. A Clarisa le pareció insuperable y sonrió olvidando la rabia. Pero los desasosiegos de Emilio regresarían a su mente esa noche. En acecho. El miedo le taladraba los huesos como una corriente helada. Él lo sospechaba o lo presentía. Cada vez se acercaba más a la verdad que Clarisa ya no podía ocultar.

Probablemente Emilio lo supo desde siempre y no se atrevió a revelárselo por temor a revivir las heridas que ningún tiempo sanaría. Sin pensarlo, se lo dijo: “no te importa otra cosa distinta a mis sueños”. A Clarisa le provocó darle palmadas en la mano, reprenderlo como a un niño. Eso parecía ahora. Emilio recordó el trozo de alguna quimera y nuevamente logró embelesarla. Por alguna razón, aún no muy clara, cometía un crimen. Pero como sucede en los sueños, de un momento a otro se convertía en un asesino en serie. El olor de sus víctimas lo llevaba a matar.

“No puedes seguir leyendo tanto. A ratos pienso que me cuentas esas novelas, las que lees mientras hago de comer o lavo la ropa”. “¿Y por qué no las lees tú en vez de acusarme como si fuera un impostor?” “No me gusta leer, ya lo sabes”. “¿Y si te leo yo?”

Los gestos se repitieron. Clarisa le hizo una mueca para detener el juego en la bañera. Emilio se incorporó y ella lo cubrió con una toalla. Lo contempló distante, llena de melancolía, y regresó a la cocina para levantar la tapa de una olla, que instantes antes ya había revisado. “Entonces no te gusta que te lea”, preguntó Emilio, acongojándose. “No he dicho eso. Así no es”. Emilio se veía más joven al sonreír, y mucho más si rodaban gotas de agua por su rostro y entre los flecos de cabello que caían en sus hombros. Clarisa, en cambio, parecía como si muy pronto fuera a convertirse en una anciana. No obstante, la diferencia de edades entre ellos no pasaba de catorce años.

Entonces acechaba con las preguntas sobre Gilberto. “¿Por qué si los quería tanto y eran sangre de su sangre, había visto en su mirada ganas de matarlo?”. Clarisa lo negaba, nunca lo suficiente para que él le creyera. Si tuviera la osadía para hacerlo, ya lo habría asesinado. Aunque tal vez no se atrevería, ni con el paso de los años ni por todo el dolor que les ocasionó. Y era cierto. Así me lo dijo al encontrarlos en la madrugada del viernes pasado. Emilio fue quien lo declaró, sin imaginar que estaba desenmascarándolo.

Esa semana me habían ascendido y al terminar la jornada en la fábrica, algunos compañeros me regalaron una botella de whisky para que celebrara. En el viaje de regreso, como lo hacía habitualmente, me senté cerca de Gilberto porque éramos los últimos del recorrido. Nunca conversábamos, pero esta vez aceptó beber conmigo. Habló enérgico durante el camino. No pude contener las

lágrimas cuando me contó la trágica historia de su esposa que había muerto dando a luz a Clarisa, la hija que hoy tendría 40 años, si él no la hubiera descuidado por segundos en la bañera. Se ahogó, dejándolo completamente desamparado.

A pesar de llevar más de un año trabajando juntos, solo el licor logró mostrarme quién era realmente el hombre que horas antes comencé a llamar amigo. No quisiera revivirlo. Gilberto bajó del bus trastabillándose y se golpeó las rodillas al caer sobre el pavimento. Instintivamente bajé a auxiliarlo. Él miró con suspicacia hacia el jardín de la casa y se levantó como si nada. Hasta le molestó que quisiera ayudarlo y me obligó a subir de nuevo a la ruta. Me sentí culpable por haberlo invitado a beber conmigo, por eso bajé un par de cuadras más adelante y lo seguí hasta descubrir el sótano donde guardaba con recelo a su familia.

Ya estaba oscureciendo. Gilberto caminaba en zigzag por el jardín. Miró hacia los alrededores, se deslizó tras un árbol y abrió la portezuela de un refugio. En algún momento pensé que me había descubierto, pero siguió de largo hacia los escalones. Me dejé llevar por la curiosidad o por querer cerciorarme de que Gilberto entraría intacto a su hogar.

¿De quién era la voz que se escuchaba? Minutos antes, Gilberto me había contado que hasta le dolían los años que llevaba en la inmensa soledad de su casa. Nada era cierto. Clarisa estaba viva, suplicándole que esta vez no lo hiciera. Le rogó que primero cenaran. Él se notaba cansado y olía a esa bebida que a ella le provocaba náuseas. Quisiera no acordarme de lo que vi, ni haberle permitido a mi mente entreverar los recuerdos de Clarisa o los de Emilio.

Solo el chico se dio cuenta de mi presencia. No me delató. Cerró los ojos con fuerza para no ver a Gilberto mientras ultrajaba a Clarisa, y me miró implorando que les ayudara. Cuando regresé con los vecinos y con lo que encontramos a mano para apresar al engendro, Emilio se adelantó a contar con minuciosidad las atrocidades que durante estos años su padre les hizo a él y a su madre. Clarisa habló por vez primera sin salir del asombro. Ya lo presentía. Desde siempre Emilio lo supo. Pero ella no se había permitido ni imaginarlo.

Los vecinos hemos intentado hacerlos salir del encierro, pero ellos se niegan. A dónde irían si no conocen a nadie. Tampoco lo quieren. Solo dejarán ese lugar cuando puedan vivir en la casita frente al mar. Allí donde salgan a corretear las gaviotas, después de caminar hacia el faro por el malecón o por la playa con el agua tibia mojándoles los pies, mientras Emilio recuerda el sueño que tuvo esa mañana y las otras mañanas de todos los días que no se llamen jueves.

## YOGA PARA COLIBRÍES

Adusto Rojas y Circunstancia Flores viven hace más de diez años en el ancianato, “El remanso del Ermitaño multicolor”, allí se conocieron y enamoraron ante las miradas estupefactas de sus compañeros y de los enfermeros del lugar, quienes por ningún motivo, pudieron detener el amor senil que brotó en el par de viudos apenas se encontraron y le concedieron todos los permisos a la sinrazón y al amor.

A los habitantes de pies cansados del hogar donde en cada rincón se suman demasiados siglos y melancolías, ya ni siquiera les importa el escándalo que propiciaron las primeras madrugadas en que Adusto y Circunstancia no consintieron que les separaran de una cama doble armada por ellos mismos al juntar esas dos diminutas y pérfidas literas que se empeñaban en separarlos.

Ahora solo los mencionan por la otra locura a la que le dieron rienda suelta mientras pasaban largas y tardes enteras mirando el desaforado vuelo de los Ermitaños multicolores y a la infinidad de parientes que acechaban las acacias, los mieleros y borracheros, para danzar y volar de un lado a otro, de izquierda a derecha y de arriba abajo, sin guía ni aparente motivo.

Adusto y Circunstancia dejaban pasar sus horas mirando a todas las especies de colibríes que llegaban al remanso y parecían siempre en fiesta o en un caprichoso conciliábulo que los viejos no podían descifrar. Por eso una tarde, y tras las imparables conversas de enamorados, decidieron que con mirarlos no bastaba.

“No podemos seguir aquí alelados acechándolos, vieja, primero nos daremos a la tarea de clasificarlos.” “Y luego, ¿qué?, mi amado Adusto”, le dijo Circunstancia, con su cara más acaecida. “Pues luego los podremos organizar de alguna forma, vieja, les podemos, no sé... Ya, pero ¡cómo no se me había ocurrido antes! Les enseñamos yoga para que se relajen un poco, ¿no te parece que son como demasiado nerviosos? Mira que ni siquiera alcanzan a durar

un minuto en las ramas. No descansan ni se relajan. Algo tendremos que ingeniarnos”, le dijo el viejo Adusto, muy serio y apropiado del entrenamiento que ya comenzaba a preparar.

Los meses iban transcurriendo y nadie entendía qué era lo que tanto anotaban el par de enamorados en unos cuadernos más ancianos que ellos dos juntos. Cuando convocaron a los otros abuelos para comunicarles los avances de su gran investigación, los longevos negaban con la cabeza alegando que habían perdido el tiempo en boberías, ellos preferían el dominó, las cartas, los bailecitos de un día a la semana y el ajedrez. Una observación de tal envergadura necesitaba de muchos desocupados y ellos no estaban para destrozarse el poco tiempo que les quedaba en cosas tan poco divertidas.

Adusto y Circunstancia solo arquearon sus pesados hombros, se tomaron de la mano y continuaron solos su ardua indagación. No se lo dijeron a nadie, pero ya habían logrado establecer que los Ermitaños no solo eran muy cercanos familiares de los Picos y los Alas de sable, sino que los Mangos, Sables y Tucucitos, viajaban siempre acompañados de Coquetas, Zafiros, Diamantes, Topacios, Esmeraldas cubanas y dominicanas, Amazilias, Chivitos y Chispitas, por lo general llamados simplemente Picaflores.

El gran problema del asunto no se hizo esperar. Aunque los enamorados habían sido maestros de escuela durante gran parte de sus vidas, no encontraban la forma de hacerle entender a esa cantidad de géneros la manera adecuada de respirar, relajarse, comer adecuadamente, pensar positivo, y, lo más importante, meditar.

Primero hicieron una alameda trasplantando una inmensa cantidad de borracheros, con la intención de capturar en pleno vuelo a las especies revoloteadoras, pero fue imposible porque la gran mayoría se hastiaron rápidamente y huyeron buscando los naranjales de la otra huerta que no estaba al alcance de Adusto ni de Circunstancia. Algunas especies se quedaron acompañando a los viejos en su gran gesta, pero más porque ya disfrutaban tanto de la embriaguez y borrachera, que se volvieron adictos al beleño.

A los ancianos nada ni nadie los agotaba en su proyecto. Por eso persuadieron a Ramtés, su profesor de yoga, para que agregara a las posturas básicas sobre

la cabeza, los hombros, la de arado, la del pez, la de la cobra, y el cuervo, que rebautizaron como *Postura del Ermitaño multicolor*.

El profesor los observaba un poco extrañado, pero al cerciorarse de que los colibríes yogui acudían cada tarde apenas eran convocados por sus nombres y con la palabra “OM”, decidió hacerle caso a la pareja de viejos por su esmerada labor, aunque sabía muy bien que no necesitaba de muchas torsiones espinales, ni de pinzas verticales, para comprender que los “nuevos yogui” habían encontrado su Prana en el néctar de dioses y de embelesos que los viejos habían inventado para ellos.



## PASIONES DE SALAS OSCURAS

Ilsa caminó hacia el piano de *Casablanca*, apenas escuchó la melodía que tocaba Sam. Aunque Rick le ordenó olvidar esa canción, ella le imploró que tocara *As Time Goes By*, para encontrar de nuevo al hombre que en un pasado tanto amó.

Frankie, sin saber que Johnie pertenecería a su vida, cambió insistentemente los canales de la televisión, mientras se atragantaba un trozo de pizza y deshacía su soledad con inmensos nudos de lágrimas.

Sally lloró desconsolada abrazándose a Harry, sin siquiera imaginar que muy pronto dejarían de ser los amigos de hace tantos encuentros, para no lograr mirarse sin dejar de amarse.

Amores inolvidables, pasiones de bastidores rojos y púrpuras en salas oscuras, ternuras de pantallas gigantes, caricias en horas clandestinas que iluminaron mi lado oscuro, al recordar, éstos, nuestros fugaces arrebatos de amor.

Los años sin el frenesí de tus furtivos arribos se convirtieron en mis ausencias, aunque siempre la espera fue tu regreso. Perpetuos, nos encontramos en cada retorno tuyo, para solo sentirnos y mirarnos, sin pensar si quiera en acariciarnos.

Y volví a recordarte. Lloré junto a Mario por el abandono de Neruda, que solo regresó a conocer a Pablito, y en la playa vieja sintió esa nostalgia que irrumpía en la mirada lejana de Beatrice.

Y una madrugada de recurrentes insomnios, un diario sin leer me anunció que estabas cerca.

Tocaste para mí en el piano prestado de cualquier bar. Luego, en casa, la melodía del negro Ray detuvo nuestro tiempo, el aliento y las viejas esperas, para jamás permitirnos el olvido.



A Ricardo Jacobo

## ABANDONOS

Siento terror cuando escucho el sonido de una sirena. Nunca he sabido por qué. Hasta cuestioné a mi madre en alguna época cuando me dio por devorar todo lo que tenía a mano sobre psicoanálisis. Luego me hice adicto a mi siquiatra, a las anfetis y al Diazepam, pero no pude encontrar en mi niñez, ni en la adolescencia, ni en ninguna otra parte, las causas de esta terrible angustia. Ahora ya ni pienso en descifrar las razones de mi desespero, las dejo ahí archivadas como eso: ansia, zozobra, y no sé qué más.

—¡Pero es aterrador! Le tiemblan las piernas, le falta el aire, suda frío y comienza a tener delirios de persecución.

—¡Es real! Bastante real. Aunque tú no lo creas. Imagino a esas pobres personas que van allí sin poder salir de su encierro con el rostro delirante del Aullido. Les martillan sus oídos con ese sonido espeluznante, sordo, enloquecedor. La carga de decibeles penetra y se queda por horas palpitando en el cerebro. Las máscaras de oxígeno horadan la piel, la sangre nauseabunda se desparrama, la camilla de hierro helado cae estruendosa en el piso y se enfila por largos pasadizos verdes y antisépticos, que conducen dolor, alaridos, muerte.

—¡Qué trascendental!

—¿Y qué pretendes? Creo que si llega a pasarme algo más no lo voy a resistir.

—Me está sonando a demasiados lugares comunes.

—¿Y a qué quieres que suene una historia sobre un abandono?

—La cuestión es que no es de “un” abandono, sino de dos.

—¿Cómo así? Hasta donde sabía este relato es sobre Ricardo Bohórquez, o sea, yo.

—No, está bastante equivocado. Hay que dejar a un lado tanto egocentrismo, ¿no le parece?

—Pues no.

—Comience de una buena vez. Ya llevamos más de una cuartilla en esta discusión tan boba. Y en la cuarta página tienen que entrar los otros dos personajes.

—Maldita sea, ¿además de todo me tocan más personajes?

—A ver, despabílese de una buena vez.

—Llegué al límite de mis límites, es como un conjuro, apenas son las diez de la noche y ya se me han atravesado más de veinte ambulancias para amargarme la vida. Hoy, justamente cuando todo el mundo muestra la risa del dentífrico de moda, se aman con desenfrenos, se abrazan y se enternecen como corazón estampado en una postal. ¡Catorce de febrero! ¡Qué fecha tan idiota! ¡A mí qué carajo me importa este maldito día, si no tengo ni cómo, ni con quién divertirme, no me queda ni siquiera para una infeliz cerveza! Hasta me tocó cambiar el dólar ese que le regalan a uno para la buena suerte. El tipo de la casa de cambio me miró con cara de “¿no le da pena?”, y como si estuviera haciendo una escena de tragedia me quité las gafas, y al ver mi cara, que sí causa en verdad todas las penas, accedió.

—¿Sabe qué?

—¿Y ahora cuál es el problema?

—No me aguanto su delirio protagónico. Así que se va a quedar callado un rato.

Una leve llovizna cae sobre la ciudad mientras Ricardo Bohórquez camina a pasos lentos, sin rumbo a ninguna parte. Sobre la ancha avenida, iluminada por los neones de bares, restaurantes y hoteles, cruzan parejas en excesos de besos, abrazos, pasiones y rosas. Las calles parecen la congregación de una fiesta. Sin embargo, Ricardo ensimismado en su insistente tristeza, solo quiere soldar impenetrables e imaginarios barrotes.

—¿Cómo?

—Lo que escuchó claramente, se queja tanto que no le falta sino lanzarse al vacío de cualquier azotea. Si quiere la escogemos.

—¡Ojalá tuviera el coraje!

—¡Ay, ya! ¡No todo ha sido tan grave!

—¡Cómo que no! ¿Te parece poco lo que pasó esta mañana, lo de anoche?

—¡Ya! Va a empezar otra vez con lo de Mónica, con ella ya no se puede hacer nada, entiéndalo.

—¡Déjame llorar en paz!

—Está bien.

La noche anterior, Mónica María Delgado lo abandonó. Tomó sus dos pesadas maletas y se marchó sin muchas explicaciones.

—Claro que sí las dio la muy maldita—. “Se llama Fabio, tiene cuarenta años, es economista, y, me enamoré, Ricardo, ¿no lo entiendes? ¿Qué puedo hacer?”

—¿Fabio qué?

—¿Y su apellido en qué podría ayudarte? Ni lo conoces porque es brasilero y lleva poco tiempo aquí. Mira, Ricardo, nosotros ya no podemos seguir viviendo juntos, se acabó el amor. Perdóname por lo que te voy a decir, pero la verdad es que a veces siento que vivo y duermo con mi hermano. Perdóname, me voy.

— Y lloró y todo. Pues que se vaya con su Fabio, economista y brasilero.

Sí, lloró los pasos, los años, los largos y luego aburridos cotidianos días, junto a Ricardo Bohórquez. Él lo esperaba, pero no lo quiso aceptar. Y las soluciones, claro, las halló en el bar más cercano. A la mañana siguiente, cuando no sabía ni cuál suelo pisaba, se dedicó a dar vueltas en círculos viciosos alrededor

de un parque. Dos niños indigentes vieron en él la mejor posibilidad para comenzar a llenarse los bolsillos. Lo abordaron con una cuchilla de afeitar partida a la mitad y asumieron la mejor facha de sevicia.

—Hermanito, bájese de todo lo que lleva.

Ricardo ya extenuado, con la ropa del día anterior y el aliento a fuerte embriaguez, los miró con lágrimas aún en sus ojos. Una sonrisa comenzó a perfilarse en su rostro. Se apoyó sobre un poste cercano y deslizó suavemente su cuerpo sobre el pavimento. Sin miedos, comenzó a reír a carcajadas. Los mendigos lo miraron extrañados, sin poder explicarse qué sucedía. Ricardo no salía de su estado delirante.

—¿No entendió o qué, panita? Ahí lo vi, upa pues, sacando todo lo que tenga.

De nada sirvieron las amenazas. Ricardo Bohórquez jugó azaroso con su cabello negro y ondulado, les mostró sus bolsillos completamente vacíos y comenzó a llorar. Sin dejar de reírse les ofreció un cigarrillo sin filtro de una cajetilla arrugada. Los niños terminaron apiadándose. Lo miraron como a un pobre loco, le tiraron unas cuantas monedas y siguieron su camino.

—¿Ahora sí?

—Uhhh. ¡Sí, es un poco más justo! Está bien, tienes toda la razón, al menos esta mañana me divertí.

—¿No le digo, Manuel? Estoy que tiro la *tualla* con este trabajo.

—No, César, mire haga el esfuerzo que de pronto el otro año nos cambian el turno y podemos trabajar de día.

—¿Y éstos quiénes son?

—¿Quiénes?, ¿Manuel Antonio López y César Augusto Robledo? Déjelos ahí quietos, ellos también tienen derecho a hablar, ¿o no? Se lo dije, ¿cierto? Es un relato sobre dos abandonos, subráyelo. No es solamente sobre el melodrama que usted está armando.

—Uhhh, perdón. ¡Debería ser yo el sensible!

—Sí, claro, cómo no.

—Mire, César, que hoy se nos fue como un tiro la noche, ya van a ser las cuatro. Más bien llame a la central a ver si la señora Leticia se ha comunicado.

—Es que se juntó todo, Manuel. Ahora le dio a Rosaura por irse a vivir con el novio, el bueno para nada de Carlos. A la mamá la convenció con el cuento ese de que los tiempos han cambiado, mamita, y Leticia ya se la creyó toda.

—¿Entonces ya se le fueron todos?

—Pues claro hermano, todos los muchachos se casaron, pero entiéndame, es que Rosaura no tiene sino veinte añitos.

—Así es la vida, ¿no? Uno se mata para darles todo y se van con el primero que se les aparece.

—Lo peor es que ya le tenía listo lo del primer semestre de la universidad, pero ella prefirió gastárselo con el tipejo ese.

—¡Pobre señor Robledo! ¡No te digo que es muy tenaz que lo dejen a uno ahí tirado!

—¡Claro, el joven Ricardo Bohórquez no se podía quedar callado!

Nadie comprendía mi gran dolor. ¡Cómo iba a volver a esa casa infestada de recuerdos! ¡Cómo no dejarme invadir por el olor de su cuerpo que salía de cada pared para torturarme! Cinco años, cinco años, que se echan al bote de la basura, y yo soy quien está obligado a quedarse con su presencia, las notas de amor en la nevera, fotos, cartas, flores, poemas, compactos abandonados, libros, y todas las malditas falsas promesas de amor en las contraportadas.

Ricardo Bohórquez comenzó a pensar en desaparecer por siempre. Sintió que podría morir fácilmente, como Jim Morrison, su único héroe. Por sus venas aún corría bastante licor, miró la farmacia y pensó que allí encontraría el camino más sencillo. Tan solo unos cuantos calmantes bastarían.

—¿Me estás empujando a hacerlo?

—No, usted es el que lo está pensando, yo solo transcribo.

—Me parece que tienes un acuerdo raro con los otros dos.

—Tenga cuidado al cruzar la calle.

—¡Ahhhh! ¡Qué!

—Es que este sueldo de miseria no alcanza para nada, Leticia ayuda mucho con lo del restaurante. ¡Pero es el colmo que nos paguen tan poco, trabajando todos los días de cinco de la tarde a seis de la mañana!

—César, cuidado que ese loco va como borracho, ¡prenda la sirena a ver si se mueve!

—¿Ah? ¡De dónde salió este tipo!

—¡César!, ¡César! ¡Putas, lo matamos!

Ricardo se ensordeció con la martillante y enloquecedora alarma. Dejó de imaginar a las pobres personas que no tienen escape al encierro. Su rostro se parecía al delirante Aullido. La carga de decibeles penetró su cuerpo y se quedó estacionada palpitando en el cerebro. César gritaba desesperado, culpable, cansado. Manuel, autómatas, intentó inútilmente calmar a su compañero de guardia, pero el estado de Ricardo lo hizo regresar a la realidad. Le colocó la máscara de oxígeno horadándole la piel, la sangre se desparramó nauseabunda sobre la sábana azul pálida. La camilla de hierro helado azotó con su estruendo en las baldosas, avanzó rápidamente por largos pasadizos verdes y antisépticos que arrojaron dolor, alaridos y muerte.

Para Enrique

## EL HOMBRE DEL GABÁN

El hombre con algo más de cuarenta y tantos entró al salón de clases. Llevaba un gabán negro que le cubría el cuerpo hasta un poco más allá de las rodillas. Avanzó sin parsimonias y descendió las escaleras del pequeño auditorio. No miró hacia los costados, seguramente para que nadie notara que sentía pudor, a pesar de no ser la primera ni la última vez que lo iba a hacer, pero sí su primer día con ellos. Sonrió frente a los rostros ávidos.

¿La verdad? Sí. Había un tanto de prepotencia desde sus primeras frases, ¿o era su escudo? Y de todas maneras los desarmó con su mirada fuerte, desafiante. Tal vez, y a su manera, quería evitar esos rostros llenos de asombro que lo esperaban tras demasiados anuncios, o las ansiedades que se agolpaban junto a los sueños de convertirse, como él, en grandes escritores. Lo que ansiaban era caminar a su lado, sin dejar de mirarlo como al Maestro, pero con la seguridad de tener cerca al cómplice de cada empeño. Al menos conversar sobre sus historias, los personajes, o las tantas ficciones que se hilvanaban en la mente de ellos o en la mente de él. Coincidir era lo que más les importaba a los que esa tarde lo esperaron con cada una de sus impacencias.

Pero lo que ella sintió, aunque se hilvanaba con varios de sus sueños, fue muy distinto. Se embelesó con sus ojos, que no tenían nada de extraños ni de claros, tampoco eran hermosos, y mucho menos con esas miradas ya tantas veces descritas. Es más, hasta tenían ojeras más cansadas que las de otros, y demasiado entorpecidas por su nariz prominente.

Pero ella jamás pudo borrar de sus recuerdos ese primer día cuando lo miró a sus ojos tan insistentemente, que por eso pudo después derrotar las distancias con habilidad. Se engolosinó de tal manera con cada uno de sus perfiles, que el Maestro comenzó a caminar de un lado a otro evidenciando sus rubores.

Y a ella entonces le gustó más. Parecía danzar con su largo gabán, y cuando ella más lo anhelaba, se convirtió de pronto en uno de los personajes de las

historias policíacas que él recordaba con tan indeleble precisión. Por eso, y solo para ella, se personificó en una extraña mezcla que podría simplemente llamarse Marlowe o Spade.

A ella lo único que le importaba era que los minutos de esa clase se estacionaran en un tiempo y un lugar donde solo ellos dos podrían estar. Qué iba a importar si ella las hubiera escuchado antes, el Maestro le contaría casi al oído varias historias que en su voz serían totalmente nuevas.

Le sonrió, se dio cuenta que ella existía, y a partir de ese instante los demás desaparecieron en la panorámica. Él la había mirado a ella. Entre todos los rostros ansiosos del salón repleto: ella.

Y ahora: “la perdición”, se sentenció a sí misma. Se lo dijo esa tarde, se lo repitió otras más, y nunca pudo olvidar sus propias frases, aunque igualmente, nunca pudieron ser. Es él, pensó. Y no uno más, Él, con mayúscula. Probablemente lo musitó, cuando aquel hombre avanzó de nuevo hacia las escaleras, ahora sonriendo ampliamente, desprovisto de miedos, euforias y suficiencias, solo con la promesa de la semana siguiente, en otro atardecer de ese febrero friolento.

¿Qué dijiste?, le preguntó la compañera que tenía a su lado. Todavía completamente embelesada, lo repitió. Es él, dijo en voz baja y temblorosa. “¿Te enloqueciste?”, preguntó aquella hermosa mujer que despertaba más de mil suspiros en cada pasillo de la escuela donde las dos aprendían a ser escritoras.

Y sí, se enloqueció desde ese día. Después llegaron absurdas y maravillosas coincidencias. Ella no salía aún del asombro cuando a la semana siguiente la llamó desde la fuente donde tomaban el descanso para entrar a la siguiente clase. ¿Me está llamando a mí?, se habrá equivocado, pensaba ella. No puedo ser yo la que señala. Cuando estaba a unos pasos de él, “¿Me llamaba a mí, maestro?”, le preguntó. Eso sí que menos lo olvidaría. Varias personas le habían hablado de ella. Otros tantos se habían empeñado en juntarlos, en encontrar lo que ella pensó como dulces casualidades.

Ni siquiera imaginó que iba a terminar sintiéndose tan maltrecha como si un tiovivo de caballos desbocados la hubiera lanzado en medio de ningún lugar. “¿Por qué?, mil veces, ¿por qué?, le tocaba precisamente a ella”.

De todas maneras, llegó la primera, la única vez en verdad. Él llamó para invitarla a salir. ¿Una cita? Hace cuánto no tenía una cita y quien la llamaba a su casa era precisamente él. Como en las escenas trilladas y tantas veces realizadas de una historia cualquiera, pasó en frente del espejo por más de cuatro horas y probó cerca de cincuenta versiones de lo que llevaría puesto para el momento en que llegara a recogerla a la puerta de la escuela, hasta que finalmente y como siempre sucedía en las escenas repetidas, se quedó con lo primero que se probó.

La ansiedad se aposentó en cada poro de la piel de su rostro y fue muy fácil notarlo para aquella compañera a la que ella creía su amiga. Vendrá por mí a la escuela, vamos al cine, le dijo. “¿Qué? ¿Cómo hiciste?”. Y ella le contó cada detalle con ingenuidad.

El derroche de felicidad duró tan poco como aquella noche. Le bastó con el recuerdo de su cercanía en el café a donde fueron antes del cine. Al oído, por una sola vez, la hizo sonreír y ruborizar con sus comentarios certeros y mordaces al cuestionar la calidad de la historia en 35 mm a la que decidieron entrar. Lo único que importaba era tenerlo tan cerca, aunque hubiera sido ese día. Ni uno más.

Lo que sigue no es necesario recordarlo, pero hiera allí, donde tiene que herir. Por eso es mejor llegar a la parte final, que por lógica y no por la ficción, tendrá todo menos un *happy end* en la pantalla. La vuelta de tuerca también es fácil de intuir. La chica de al lado sabía muy bien dónde dejar los últimos dos suspiros que quería hacer despertar, por eso hoy es quien sigue escuchando en susurros, o quién sabe de qué inesperada manera, las historias de maravillas que solo él sabe contar.

Muchos ratos después se han vuelto a encontrar y aunque los escasos minutos en los que hablaron fueron tan atropellados y enrevesados como sus historias, ella no ha olvidado las palabras de siempre, y cuando lo vuelve a ver, las repite. Es él.

Han pasado varios años y la casualidad no los ha reunido de nuevo, y cuando están a punto de encontrarse algo no lo permite, aunque los dos lo quieran. Eso sí es sencillo afirmarlo. Sin embargo, son otras las sentencias y quién sabe, cuando pasen otros tiempos, más cansados, de tanto equivocarse él que tanto busca, ella finalmente comprenda que aquel Maestro que la embelesó con cada historia contada, ese que podría ser un personaje y llamarse Marlowe o Spade, tampoco será, aunque ella solo siga queriendo que sea su él.

“Es preciso, dijo, acallar la propia algarabía  
-el silencio es una conquista, un fruto difícil-  
y quedarse donde lo coja a uno el amor,  
solo, despacio, paladeando, tocando”.

José Manuel Arango.

## DESHOJAN UN TAL VEZ

Ellos se conocen, es más, ya se gustan. A Yolanda no solo le interesa un poco Antonio, la embruja, la pone a hablar sola todo el día, o, mejor dicho, con él, como si le estuviera hablando a él. Le encanta cuando conversan, de lo que se ríen. Se fuman los mismos veinte cigarrillos diarios, y, desde el primer momento en que se conocieron, lo imagina haciendo lo mismo que ella hace en su soledad apenas se despierta y no se atreve a contar: tantear en la mesa de noche y todavía en la duermevela hasta encontrar la cajetilla, encender uno, aspirar su veneno con el todo el placer y sin temor a cualquier retahíla. Lo sabe, si se atreve a contarlo la imaginarán y la condenarán a estar muerta antes del próximo amanecer.

Ya hablaron de cine y se apasionan con las mismas películas, con las historias que quieren narrar, con los sueños que esperan sean leídos, porque a pesar de sus soledades infinitas, y, por qué no, de estar a gusto con ellas, Antonio y Yolanda ahora piensan en un tal vez donde podrían dejar a un lado tanto andar patidifuso y solitario. Aunque, y hablándolo sin ningún tapujo, lo primero que impajaritadamente los asalta es un verdadero pánico.

Antonio la mira y no se decide a revelarlo. Ambos engañan las tristezas con palabras, con presencias, con letras de canciones y con imágenes que los dos recuerdan exactamente, como si las hubieran visto el mismo día, a la misma hora y con idéntica melancolía.

Pero no, apenas hace unas semanas se encontraron, apenas en el último mes coinciden en las horas, en instantes, en los mismos sueños, y apenas hace unos días, en los mismos lugares.

“¿Y si le digo? Si salen de mi boca esas frases de siempre, tan amañadas pero ciertas. ¿Dónde estabas hace algún tiempo cuando aún no había decidido que lo mejor era estar solo? ¿Por qué irrumpes cuando le había dicho adiós a la ilusión? ¿Cómo te atreves a entrometerte en mis horas como si fueras un colibrí que aparece y desaparece gorjeando su presencia?”

Yolanda tampoco se aventura, ella mucho menos. Lo había determinado, es más, lo había jurado: “mejor me acostumbro a andar sola, no quiero de nadie las frases, ni las hojas amarillas, ni los libros que traen historias por fuera y por dentro, ni canciones con silencios fervorosos”. Pero como siempre pasa cuando se toman decisiones, apareció Antonio para hacerla trastabillar, para mirarse de nuevo en el espejo con esa sonrisa ridícula y hasta babosa de coqueterías, para ponerla a pensar en él, más de lo que ella se imaginaba, más de lo que ella pretendía.

Ahora hablan tres o cuatro veces por día, sin inventar muchas excusas para necesitarse, aunque de todas maneras las fantasean, porque en ficciones es que quieren ser expertos. La última llamada la hace Antonio cuando ya está dentro de la cama y piensa en Yolanda a su lado. Ella también lo piensa, luego lo sueña, y al otro día se levanta a escribir su quimera, para que no se quede solamente como un recuerdo vago que nunca volverá a nombrarse.

Antonio también la sueña y toma la decisión, hoy se lo dirá cuando vayan a ver la película que tienen postergada desde la semana pasada. “Sí, esta noche puede ser. Le insinúo que ya es muy tarde para ir solo a casa. Tal vez, como en la canción, ella lo diga: ‘¿Y por qué no te quedas?’. Piensa si será muy apresurado, si estará hostigándola. “Hace unos días le leí el poema que tenía por allá refundido y no sé por qué me levanté a las cinco de la mañana a recuperarlo. Le gustó de verdad, yo sentí que los deseos de largas caféhoras para no dejar de mirarnos no eran solo míos”.

“¿Cómo se te ocurre, Antonio, llamarme a las ocho de la mañana para leerme un poema? ¿Qué pretendés?, que sucumba totalmente enamorada de tus palabras, de tu voz, de vos... ¿Cuál es tu plan?, ¿completar una marca de asombros diarios, de palabras gratas, de esos detalles que siempre se esperaron y se pensaban imposibles? Entonces, ¿qué es lo que querés?, ¿derrotarme y desparramarme en todas estas ganas de vos?”

Antonio comienza a lograrlo. Yolanda ha vuelto a flaquear, se enloquece con deseos nuevos cuando descubre al mar haciéndole el amor a la luna, y piensa, y vuelve a pensar en Antonio que hoy no está con ella. Ahora Yolanda canta con todo fervor: "...Quiero que me digas, amor, que no todo fue naufragar por haber creído que amar era el verbo más bello, dímelo, me va la vida en ello..." Y llora también con todas sus ganas, porque le da miedo decir nuevamente: "tampoco era, tampoco iba a ser, tampoco será".

Llegan antes para mirarse desde lejos y a hurtadillas. Yolanda lo busca en los sitios donde se imagina que pueda estar, pero se extravían entre librerías y tiendas de discos. Mientras ella escarba entre algunos pecados musicales, Antonio llega a una librería, hojea alguna que otra portada y se detiene, instintivamente, en la edición de los cuentos completos de Julio Ramón Ribeyro, ya han hablado del libro que para él ocupa uno de los primeros lugares en la mesita de luz, "como dicen los argentinos". Ella le contó que había leído algunos, claro, infaltable el del cigarrillo. Están totalmente de acuerdo, y se lo han pasado a unos cuantos insoportables de esos que quieren descontaminar el planeta a punta de exterminar a los fumadores.

Antonio sonríe recordando el día que hablaron de ese cuento. Piensa en que se lo va a comprar, mejor dicho, está pagándolo en la caja cuando Yolanda, unos pocos metros más allá no cabe de la emoción porque encontró finalmente un compacto que buscaba hace ya tanto que ni se acuerda cuándo, el de María Bethânia cantando Terezinha, la historia de los tres amores. Yolanda siempre ha pensado que ese último amor de Terezinha no llegará, puede contar con las manos y los pies y no le alcanzan sus dedos para los primeros y los segundos amores, pero ese tercero "que fue llegando despacito y antes que dijese no, se instaló muy pronto en el corazón", ése, ni se ilusiona. Tantas veces se ha confundido que ya no lo sueña siquiera.

¿Será que se lo regalo? No, eso es muy directo, no te acelerés Yolanda, tratá de calmarte. Ya le estás llevando un libro de regalo, *Mañana en la batalla piensa en mí*, de Javier Marías, te engolosinó tanto que de alguna forma te mandó instantáneamente a no parar de escribir frases sin puntos finales, sobre todo lo que estaba pasando, sobre los alborotos nuevos. A ver si así llegaba un poco de calma. Pero nada, faltan dos minutos exactos para la cita exacta, y las piernas vuelven a temblar.

Antonio se nota igualmente nervioso y ahora es imposible tratar de ocultar el libro nuevo de Ribeyro, la edición que él tiene ya está bastante mirada, releída y subrayada como para que Yolanda no se percate de que ésta que lleva bajo el brazo inunda con su olor de páginas recién sacadas de la librería. “Ni modos, me pongo colorado y me atrevo porque qué carajo, además, Yolanda acaba de llegar”.

El encuentro es en punto y tan estricto como ellos quisieran que fueran todas sus citas, apenas Antonio la ve con un paquete se tranquiliza porque imagina que es para él y la vergüenza de dos, por ser de dos, se convierte en el simple temor de que tal vez haya un tal vez. Allí y ahora no pueden escaparse de este asalto bullicioso de miradas, de regalos que se cruzan torpemente como dos adolescentes, ¿qué más se podría esperar? Luego, ese un tal vez, de besos tantas veces imaginados, de dos, deshojados y desandados solitarios.

Para Giovanni y Juana Pabla.

## ENCUENTROS

A vos, donde estés:

¿Sabés una cosa? Hasta hoy vengo a darme cuenta: ya es siete de mayo, ayer entonces, hace diez años que no nos vemos, que no sé nada de vos. ¡Lo peor es que tu rostro lo siento tan distante! A veces me da terror pensar que nos podríamos encontrar en cualquier lugar y que de pronto pasemos de largo sin reconocernos. ¡Qué tal!, vos y yo en la misma cafetería de espaldas o en la misma plaza como *Los amantes del círculo polar*, o en el mismo aeropuerto, y no darnos cuenta de que estamos ahí, casi uno enfrente del otro. ¿Podrá sucedernos algo así? No, imposible, al menos de tu olor tengo que acordarme. ¡De tu olor! Nunca se me olvida que ahorré todo un mes para regalarte una Paco Rabanne, que era la loción que más te gustaba. Y luego me compré una para mí. Qué exageración la tuya, me decían mis compañeras, pero yo me sentía la más realizada de todas porque al menos guardaba tu olor en mi cuerpo. Vos no estabas, pero así, oliéndote, conseguía borrar tus miles de ausencias.

No logro entenderlo muy bien, durante mucho tiempo, la verdad, creo que hasta parecía enferma, buscaba verte en los otros, en los que significaron algo más. Tanto, que todos mis novios parecían una fotocopia tuya y, ¿cómo ahora se me borra tu cara así no más? Si pudiera saber dónde estás, ¿cómo diablos se llamará la calle de Connecticut en la que vives? Tal vez ya ni vivas allí. Como dice la canción: *si las cosas que uno quiere se pudieran alcanzar, tú me quisieras lo mismo que veinte años atrás, con tristeza miramos el amor que se nos va, es un pedazo del alma que se arranca sin piedad.*

Vos tenías diecinueve, yo catorce. Ahora estamos llenos de gordos y de canas. Pero cada encuentro tenía esa intensidad inexplicable, interminable, la misma de cuando nos conocimos, la del primer beso, chorrromil años después. La de hace diez años, cuando por fin nos amamos. ¡Cómo ha pasado todo este tiempo y no nos hemos vuelto a ver!

En el 78 vos bailabas a lo Travolta, te habías hasta ganado un concurso de baile como en *Saturday night fever*. ¿Dónde estará el reloj ese que me diste para que no dejara de pensarte? Era como el anillo de compromiso y todas mostrábamos con qué orgullo las cajas de mentol que nos daban los novios, nos sentíamos llevando las mismísimas gargantillas de oro Quimbaya. Yo me la pasaba pensando solo en mi viaje de quince a Miami y en traerte de regalo unos Adidas Country, esos que eran blancos con rayitas verdes. No había otro tema en mi repertorio que vos, que si llamabas de Medellín, yo ni de riesgos, mi papá casi me excomulga por las cuentas de la casa. Pero me hacía la pendeja, o trabajaba cuidándole los niños a mi profe de Historia que además era mi vecina, no me importaba gastarme hasta el último peso con tal de poder escucharte. Que tus planes, que nuestros sueños, de resto, nada. Y cuando no cansaba a todas mis amigas con el temita, pues llenaba páginas y páginas en mis diarios. Me sabía de memoria lo que alguna vez me escribiste allí sin mirar siquiera las otras hojas.

En una carta me dijiste que querías ser mi diario circunstancial, algo así como mi otro yo. No entendía muy bien lo que querías, pero me hiciste sentir que me amabas. ¿Qué decía aquella página? Recuerdo muy bien la letra porque además tengo guardadas tus cinco gordas cartas escritas por lado y lado. No paraba de leerlas, quería tal vez que se te saliera el corazón por esas palabras. Y sabés que de bruta algún día, como tenía un novio que me celaba hasta con los fantasmas y los actores de cine, me tocó quemar los diarios, los eché a la caneca de la basura y ahí armé mi *Fahrenheit 451*, todo porque a este idiota le dio por querer saber mis historias pasadas. Él sí que me cambió la vida, pero no tengo ni cinco de ganas de recordarlo ahora.

Para aguantarme tus esperas empecé a salir con mis amigas y sus novios, ahí andábamos todas como relojito el viernes por la tarde en el Centro Comercial del Norte, nos pasábamos horas enteras con ellos, los de las motos. A mí lo que me gustaba era que me ponían a pensar en vos, porque algunos kilómetros más allá andabas en las mismas. Con los enanos, lógico, eran siete, nos íbamos al 18 los domingos en la tarde para chupar un poquito de frío, porque en Cali con ese calor tan verraco nos estábamos rostizando como los pollos de Kokorico.

Vos también tenías moto, una Suzuki, ¿amarilla?, ¿roja? ¡Maldita sea! Ya no recuerdo. Y casi te matás una vez, después me mostraste el reguero de

tornillos y platinos que te habían puesto. No era el momento de irme pal otro lado, decías, pero de todas maneras te fuiste y bien lejos, primero a Medellín y luego para tu *Iuesei*. Ay, cómo me gustaba cuando decías así todo cantadito: “vení amor y nos damos un vueltoncito por la sexta”. “Vas a ver amor que un día de estos voy a venir en mi Porsche rojo y vamos a dar muchos paseos”. Y te creía, pero ¡cómo no te iba a creer!

Y cuando te reías, a mí el mundo parecía que se me iba a acabar, todo lo quería vivir ya, y con vos, nada más. Y aunque aseguraba como si estuviera diciendo la mayor de las verdades que iba a ser virgen hasta el matrimonio, te prometí que vos ibas a ser el primero. ¡Qué me iba a importar si nos casábamos o no! Quedamos en que te iba a esperar porque juraste hacer el último intento de sacar la visa con todas las de la ley en Cali, pero nada, pura mentira, no llegaste.

Por esa época ya tenía más de diecisiete y un novio, el pobre llevaba como ocho meses tratando de convencerme, pero yo nada, de nada. Hasta que un día llamaste a contarme que te tenías que casar porque habías metido las patas, y yo no demoré ni dos minutos en dejarme endulzar el oído por mi novio. Hasta ahí llegó la tan ridícula y preciada virginidad que es el invento más bobo para afianzar machitos. ¡Pero eso qué! Eso es como historia patria, lo que importa ahora es poder decirte tantas cosas que no alcanzarían ni las hojas, ni las horas, ni nada.

Y ese no es el problema, el problema es encontrarte, pero encontrarte en donde sea. Podríamos hasta vernos aquí en México donde te hiciste pasar por mexicano para meterte por el hueco y lograr tu *american dream*, ¿sí lo lograste? Te juro que si supiera dónde estás, haría el mismo recorrido que te llevó a tu *Iuesei*. La última vez que nos vimos me contaste demasiadas cosas en una sola noche, unas pocas horas donde lo único que hicimos fue atropellarnos con esos amores que tanto nos debíamos. Ahora recuerdo que solo dejamos descansar nuestros cuerpos cuando sonó en la radio de ese hotel sin nombre, y después de todos esos años, la canción que siempre cantamos y entendimos como si Billy Joel fuera nuestro mejor *brother*. Nada ha cambiado, amor: *I love you just the way you are*.

Mis amigas de esa época se casaron, tienen hijos y una vida que ellas llaman estable y feliz, ¿yo? Lo único que hago es viajar sin rumbo fijo, cambio y

cambio de casa, de gente, de vidas, que a veces, la mayoría de las veces, no logro comprender, solo trato de no sentirme perdida. ¿Y?, ¿soy feliz? Pues aún no lo tengo muy claro. Nada alcanza a llenar las ilusiones que podía tener en esos días en los que uno cree que el mundo se le va a terminar si cierra por algunos segundos los ojos.

Tus hijos, porque ya son dos, ¿o más?, deben estar grandísimos, yo a veces me pregunto cuál fue mi miedo para no atreverme a tener al menos uno, pero lo dejo ahí en pregunta y lo olvido para no cuestionarme mi cobardía, porque es claro que hay que ser bastante cobarde y tener un buen grado de egocentrismo para negarse la trascendencia.

Esa última vez, cuando nos despedimos en la madrugada, vos te ibas nuevamente para Estados Unidos y yo ni siquiera tenía planeado que algún día iba a querer vivir en México, que es donde estoy ahora. Por eso me pregunto, ¿cómo estando tan cerca no puedo ni siquiera imaginar el lugar donde vos estás? Ahora hasta me río de eso, pero alguna vez pensé en llamar a uno de esos programas lacrimógenos donde hacen encontrar a padres con hijos y a las mujeres con los maridos que se estaban escondiendo. No, no sería capaz, ese oso polar no lo hago ni a palos.

¿Sabés qué pensé cuando vi por primera vez mi nombre y mi dirección en la guía telefónica bogotana? Pues que me ibas a encontrar cuando regresaras, porque siempre, apenas llegabas te ponías a buscar el nombre de mi papá en el directorio. Entonces, dije, ¡claro!, como el último encuentro fue en Bogotá, saqué raíz cuadrada y pensé: me va a localizar de una cuando él busque mi apellido. ¿Nunca volviste? Ya llevo seis años viviendo aquí, y nada, no aparecés. Y ahora yo también estoy muy lejos de allí, pero el teléfono sigue a mi nombre para que vos me encontrés, cuando sea.

No sé en qué consiste esto, tal vez la magia está en las ausencias que permiten inventar tantas historias. No sé si ahora volvería a pensar lo mismo que pensé a los dieciocho cuando me besaste por primera vez, ahí, a media tarde y en la esquina del puentecito que queda cerca de La Tertulia, ¿sabés que allí donde nos dimos el beso ahora pusieron uno de los gatos de Tejada? ¿Te sigue gustando tanto? Esa tarde también tenía despedida incluida, pero ahora te ibas mucho más lejos, “al otro lado del charco, amor, por fin me voy para la

luesei”. Ya estabas casado, ya tu hijo tenía como dos años, y, de todas maneras, pensé, lo sigo pensando: esto sí es amor de verdad.

Con vos, todos son encuentros que detienen el mundo y despedidas que lo aniquilan. Con vos, es así, nunca se sabe. Hace diez años cuando nos citamos en un sitio neutro, te dije: ni en Cali, ni en Medellín. Veámonos donde voy a vivir ahora. Yo había decidido buscar destino, mundo, independencia y todo eso que uno piensa que le va a caer de los árboles de las capitales. Y sí, las encontré, ¿pero sí ves? Sigo dando vueltas y ahora en la más grande de todas, y seguramente no voy a parar nunca. Vos, como siempre, como disco rayado, te ibas de nuevo, siempre te ibas y regresabas de a poquitos.

Esa noche nos amamos después de no sé, como ¿catorce años de conocernos? Fuimos torpes, como amantes nuevos con esos miedos más que entendibles, pero ahí estábamos por fin acariciando todas las imaginaciones de tantos, tantísimos años. Ahora tengo muchas más historias para contarte, vos tendrás otras, miles, el problema es poder hallarnos, aunque solo sea por una tarde, una noche, un rato, para poder detener el mundo y luego aniquilarlo.



Yo, tu amor, en México del año 2000.

## OLVIDO

Olvidó el ruido que provocó el tubo de metal al ser golpeado por la manivela de madera, y lo olvidó para solo pensar en su encuentro con Alicia. Se envolvió en ese olor suave de la tierra húmeda que se mezclaba con aquel resguardo de pino, y tomó una azucena entre sus manos para regalársela a ella.

Al bajar los escalones sintió que su cuerpo perdía peso, como si se adelgazara al descender cada peldaño. Pero también eso, al igual que todos los largos años de espera para encontrarla, Julio César lo olvidó.

Ya antes Alicia se lo había indicado, en sueños, en recuerdos, y cuando partió sin regreso. Por eso no se asombró cuando encontró el gran portón de madera al final de la escalinata, y, junto a él, la pequeña mesa donde estaba la llave.

Abrió la puerta y entró al inmenso salón, una luz en tonos magentas resplandecía sobre el piso de cerámicas blancas y negras. Allí estaba ella.

Alicia lo esperaba con toda la calma que pueden dar las promesas que se cumplen. Estaba igual, vestía como él la recordaba. Tal vez hasta el mismo viento movía los velos de seda en el vestido que tenía aquella tarde cuando lo dejó.

Aunque más de diez años pudieran permitir todos los otros olvidos, se abrazaron y también se besaron, enredaron sus recuerdos y bailaron sin dejar descansar las miradas, como si quisieran cobrarse todos esos años de cautiverios y letargos.

Afuera, tal vez alguien los recordaría. Pero eso ya no importaba para ellos.

Un hombre colocó la losa de mármol y lo pensó: “Ahora ya están juntos, ha pasado mucho tiempo, pero lo consiguieron”.

Acomodó las azucenas y leyó en voz alta la vieja promesa de Alicia y Julio César:

*Solo seremos posibles, amor, si nos permiten estar juntos cuando llegue nuestra partida.*



## CATADOR EXPERTO

El tequila me perseguía, pero esta vez agradecí que ningún amigo estuviera implicado en el asunto. Aunque, yo, Óscar Campo, empezaba a sentir ese no sé qué, ese algo que me anunciaba un enredo de proporciones astronómicas. Pero como no existía ningún tipo de aspaviento por parte de la causante, tampoco podía ilusionarme. Al igual que el insoportable final de mi amigo Harvey, en este caso también surgía una intringulada historia pasional, la diferencia estaba en que en la contraparte relucía una valija atiborrada de billetes.

Bibiana Dos Passos, que parecía más bien Dos Quebrantos, llegó hace cuatro días a mi despacho con sus manos perfectas, pequeñas, blancas y meticulosamente pintadas con esmalte ajacarandado. De cuerpo diminuto, delicado, mechones de pelo muy negro y liso que seguramente exige más de dos tratamientos semanales. Y esa boca, cereza alborotada y perfilada, que no necesita de ningún aditamento para embelesarme.

Apenas entró a mi oficina pensé: “Óscar, cuando sientes esto de golpe con una mujer, es mejor perder el dinero que te pueda representar el pleito y olvidarte de la cliente antes de conocerla”, pero ahí se quedó como simple pensamiento, porque la propia Bibiana solo me dio oportunidad, como casi siempre, para contradecirme. Entró al despacho, preguntó si yo era el investigador Óscar Campo, y apenas se lo afirmé, invitándola a sentarse, se puso a llorar y no hubo poder humano que la detuviera.

Como es evidente, mi debilidad alcanzó el peor extremo de todos. Lo más grave es que esta misma escena se repitió tres días seguidos y Bibiana no musitaba palabra, solo lloraba, gemía, y seguía llorando sin tiempos ni descansos, para luego salir corriendo de la oficina. En mi torpeza, casi cometo la desfachatez de decirle que el consultorio siquiátrico estaba dos pisos más abajo, pero pensé que podría ganarme merecidamente un tremendo cachetadón.

Día cuatro. La espero ansioso y, como es claro, con esa curiosidad que no deja ni comer en paz. Camino en círculos por el estudio, como si estuviera enjaulado. ¿Qué dolor traía esta mujer que no había sido capaz de hablarme más de dos palabras seguidas en sus visitas? Eso me preguntaba, cuando sentí que alguien me observaba. Me detuve un momento para mirar por la ventana y efectivamente allí estaba ella en el edificio de enfrente, con sus ojos, su boca y sus manos fijas en mí. Le hice una seña para que viniera, pero se avergonzó al verse descubierta y cerró las persianas. Entonces me puse a caminar otra vez, midiendo casi maniáticamente las distancias entre el baño y el escritorio. Después me dediqué a organizar y botar papeles, una de esas formas bastante tontas de volver cíclico y útil el tiempo. Algo tenía que hacer para calmar la ansiedad provocada por Bibiana. Finalmente, se presentó.

—Esta vez no voy a llorar, se lo aseguro.

—Empecemos por lo normal, ¿cómo se llama y en qué le puedo servir?

—Mi nombre es Bibiana Dos Passos.

—¿Es brasilera?

—No, mi padre. Pero si me pongo a contarle la historia, voy a tener la excusa perfecta para no decirle por qué estoy aquí.

—Ah... ¿Y?, dígame, ¿por qué me ha estado buscando? Y ahora sí, asegúreme por favor que no llorará de nuevo, porque si comenzamos siendo sinceros, pues no se imagina la intriga y hasta la preocupación que me produce todo esto.

A partir de ese momento, no solo no lloriqueó, sino que se apoderó de ella una fuerza inexplicable y no se detuvo durante casi una hora en la que solo me dediqué a escucharla, y lógico, a enamorarme.

—Mire, investigador Campo, para que las cosas queden claras, hace dos años me gradué como siquiatra. ¿Me imagino que para Usted también existe la primera regla ética de no enamorarse de sus clientes?

—Sí, claro, jamás me ha sucedido—. Le dije con toda la falsa seguridad que me salió de no sé dónde.

—Pero yo sí falté a esa primera norma. Llevo más de un mes viviendo como pareja de uno de mis pacientes, allí, en ese apartamento que está enfrente. Yo le he insistido mucho para que cambie de médico, pero él no quiere y piensa que solo yo puedo comprenderlo realmente.

—¿Y yo?

—¿Y Usted, investigador privado, qué velas tiene en el asunto?

—Usted lo ha dicho.

—Mire, aunque me siento muy enamorada, me queda algo de cordura y por eso vine a buscarlo a usted. Mi pareja se llama Alberto Gamboa, es catador experto de profesión, y llegó a mi consultorio hace tres meses. Como caso era fácil de diagnosticar. Sufría de ceguera, tal vez temporal, por haber ingerido accidentalmente en su trabajo un tequila adulterado que le produjo varios malestares, entre ellos la pérdida de la vista. Alberto entabló, y, claro, ganó una demanda contra la empresa en la que trabajó durante diez años. Ellos tendrían que cubrir con un seguro los gastos tanto de sus chequeos médicos, como de las operaciones a las que debería someterse. Si ninguno de estos tratamientos funcionaba, esta transnacional asumiría todos los perjuicios ocasionados. Fui contratada por Summertime Tequila para hacer un estudio y dictamen de Alberto. Ellos pensaron que podía diagnosticar una alteración mental en su comportamiento, y así ellos entablarían una contra demanda. Pero mi diagnóstico fue siempre el mismo, Alberto no sufría de ningún tipo de desequilibrio, estaba solamente ciego, y, según el neurólogo Abraham Pantoja, quien había hecho un seguimiento de todo el incidente, su ceguera no presentaba ninguna mejoría. Es más, en este momento los análisis de los últimos exámenes indican que Alberto no volverá a recuperar su visión.

—Insisto, ¿yo en qué puedo ayudar?

—Es que, mire, Usted ni se imagina lo difícil que es esto para mí. Es que... no... No le creo. Desde que estoy viviendo con él, he empezado a dudar de su enfermedad.

—¿Usted me está queriendo decir que Alberto finge su ceguera para quedarse con lo del seguro?

—Si se mira en términos tan escuetos, sí.

—Entonces, también se podría pensar que la ha estado utilizando a Usted para asegurar su tranquilidad.

Como Bibiana ya iba a comenzar a llorar de nuevo, le tomé sus manos, ahora parecían como de oso de peluche. Intenté simular la fraternidad más pura y desinteresada de todas. Y funcionó.

—El hombre del que hablamos debe tener ¿cuántos?, ¿entre cuarenta y cinco y cincuenta?

—Sí, tiene cincuenta, ¿cómo acertó?

—Disculpe, no soy muy novato en este asunto. Solo un hombre con ese perfil se arriesgaría tanto para obtener este tipo de protección hasta el final de sus días, porque me imagino que el seguro lo cubre hasta la muerte.

—Exacto.

—¿Y el neurólogo?

—Es su médico particular hace veinte años.

—Más sencillo de lo que parece. ¿A cuánto asciende mensualmente el dinero del seguro?

—¿En dólares o en pesos?

—¡Oh, oh! En dólares.

—Cerca de doscientos mil dólares mensuales.

—Se puede vivir bien, ¿no?

—Demasiado, diría yo.

—Sí, demasiado bien, con ese dinero se puede comprar el silencio de cualquier neurólogo, que además es amigo de hace varios años. ¿Y en qué se fundamenta para no creerle?

—Mire, no sé, llámelo si quiere intuición. Él camina sin titubeos, parece como si fuera ciego de nacimiento. Evidentemente, no he movido nada en su casa, pero no es comprensible clínicamente que Alberto tenga tal seguridad en sus actos, cuando supuestamente perdió la vista de un día para otro. Además, hay otra cosa muy extraña, siempre le ha gustado mucho la música clásica, eso me dijo al conocernos. Al comienzo de la relación íbamos juntos al teatro, pero ahora no permite otra compañía que la de Alejandro Muñoz, un hombre que parece más su cancerbero que un ayudante, como Alberto lo llama. Ese hombre no me gusta para nada, proyecta una energía oscura, nefasta. Podrá hasta reírse de esto, pero a veces parece más ciego que el propio Alberto. Entonces ahora Alejandro lo acompaña al teatro, lo espera afuera y luego lo trae hasta la puerta. En otras ocasiones, Alberto ha llegado muy tarde y solo. Mire, ya son las nueve y treinta y aún no regresa. Siempre está aparentando ser una persona normal y dice que ya aprendió a convivir con su imposibilidad, pero eso sí, asegura que solo sale de la casa para ir al teatro. Y hay algo más, no sé, algo que no logro explicarme. La semana pasada estaba buscando un lugar para guardar mis vestidos y bueno, ya entenderá. Mejor dicho, estaba acomodando mis pertenencias, cuando me encontré unas botellas de Summertime Tequila. En ese momento Alberto se paró detrás de mí y me lanzó un grito, se salió completamente de sus casillas y nunca dijo por qué. Vociferaba, según él, porque yo no tenía ningún derecho a estar husmeando entre sus propiedades. No es solo el hecho de sentirme agredida, cosa que nunca había hecho antes, pero es que su actitud me da mucho qué pensar, ¿no le parece? Por eso vine a buscarlo, pero créame, no fue nada fácil.

—Sí, después de estos cuatro días de no saber el motivo de sus pesares, finalmente está claro—. Sonrió, ¡la hice sonreír, y sus dientes, tan perfectos como ella completa! No, no voy a terminar bien, pensé. Y disimulé.

—Tenemos que sacar una de esas botellas de allí para llevarla a un laboratorio.

—Yo estoy dispuesta a colaborar en todo. La verdad, necesito ir al fondo de esto porque si descubro que Alberto me utilizó para cobrar el seguro, no sé de qué seré capaz.

Si no fuera Bibiana Dos Passos, ni Dos Quebrantos, le habría dicho: “No, nena, tú tranquila, el que se tiene que ensuciar las manos soy yo”, pero decidí que lo mejor era seguir indagándola durante varias horas.

Hasta hace poco salió de aquí. Mato tiempo apuntando en la bitácora que hago para cada caso y lo que recuerdo son sus quebrantos. Bibiana miraba insistente hacia el edificio vecino, pensando que Alberto llegaría en cualquier instante y abriría las persianas para descubrirla. Pero otra de las manías que él había adquirido era permanecer en la perfecta penumbra a cualquier hora del día y no abrir las cortinas ni por equivocación.

Trazamos un plan para mañana en la noche, aunque dudo mucho que sea lo suficientemente capaz de llevarlo a cabo, es más, aun no comprendo de dónde sacó el coraje para arriesgarse como mujer, que además está enamorada, y como profesional, porque acusando al catador Gamboa puede poner en tela de juicio hasta su carrera. Alberto Gamboa no era el primer paciente de Bibiana, pero sí uno de los casos más interesantes que había tenido en su consultorio. Él afirmaba que X funcionario no acusó a nadie porque, según él, no se podía juzgar a un simple despachador de cajas de tequila, por haber confundido el licor de cata con unas botellas adulteradas a las que había que hacerle una serie de estudios en el laboratorio de la compañía. Por ese error Alberto había ingerido la bebida etílica que le ocasionó la pérdida de la vista.

Quinto día: más de dos quebrantos. Me levanté muy temprano para visitar a Marión, la chica del banco que siempre me ha ayudado a indagar el paradero de las cuentas de uno y otro sospechoso, nos tardamos un poco en localizar las jugosas sumas del neurólogo Pantoja, hasta que ella llamó a sus amigos en varias entidades, y finalmente salieron a flote las transacciones hechas de manera bastante indiscreta por el médico en cuestión. Le agradecí con una rosa y unos chocolates, y como siempre le prometí que un día de estos iríamos al cine. Pero ahora no tengo otra cosa en mente que los ojos, la boca, las manos y, para rematar, los dientes de Bibiana Dos Passos.

La noche llegó sin permisos de abordaje, y ella, la mujer de mis quebrantos, de igual manera se presentó en mi despacho con una seguridad inaudita, sin rastros de lágrimas en los ojos y con una de las botellas de tequila que pudo extraer del armario, gracias a las visitas periódicas de Alberto a los conciertos nocturnos. Tendríamos que esperar uno o dos días para saber si era un fraude. Y como pude la saqué de mi estudio lo más rápido posible, una vez comprobé que después de cada una de sus visitas producía en mí un descarado e inversamente proporcional enamoramiento.

Las noticias no fueron nada buenas para Bibiana. A las tres de la madrugada encontramos, o más bien, Quike López, mi laboratorista de cabecera, descubrió la mezcla metélica que adulteró el tequila. Otra vez el recuerdo de Harvey se entrometía. En grandes cantidades, aunque finalmente no resultan excesivas, porque con una o dos botellas se puede matar a cualquier personaje desagradable que transite por ahí. Pero en la cantidad que seguramente ingirió Alberto Gamboa, lo que se alteró fue la capacidad visual. Ahora faltaba lo más molesto: enfrentar al catador experto. Tal vez podría aprovechar la oportunidad para convertirme en paño de lágrimas de Bibiana y pues... Pero mi intuición también me anunciaba que no iba a ser nada fácil.

—Ya me lo imagino, el tequila que tenía Alberto está adulterado.

—Sí, Bibiana, Usted tenía toda la razón. ¿Qué piensa hacer?

Ahora fue ella la que caminó midiendo maniáticamente cada uno de sus pasos en mi oficina. Se detenía por segundos para mirar con ese odio similar al que se siente cuando uno pilla a su novia *in fraganti* “cogiendo” con otro tipo y en la misma cama donde supuestamente se ha hecho el amor repetidas veces. Aunque el odio de Bibiana era tal vez más grande. Me miró resuelta.

—Mire, llame a Summertime Tequila, dígales que lo contraté y cuénteles todo, yo no sería capaz. Mientras tanto, voy al apartamento, espero a que regrese Alberto y en cualquier descuido de él abro la persiana, esa es la señal para que Usted pueda entrar, así me ayuda a desenmascararlo. Sola no podría.

—Puede estar tranquila, yo me encargo de eso y de llamar a la planta tequilera. Si quiere los puedo citar mañana, no sé, para que usted quede por fuera de lo que se viene.

—Está bien, nos vemos en un momento.

Alberto Gamboa aparentaba ser un hombre totalmente indefenso, en verdad parecía ciego o lo fingió muy bien, cuando estaba frente a él. A Bibiana se le acrecentaba su ira y me hacía señas para indicarme que esta era su mejor representación.

—Mi amor, siento un olor diferente en el apartamento. ¿Qué pasa? ¡Ah! Ya sé me tienes una visita sorpresa, eso es.

—¿Por qué no dejas tu farsita? —. Me tomó de un brazo con fuerza y me acercó lo más que pudo a Alberto—. Mira, él es Óscar Campo, investigador privado, tiene su despacho aquí en el edificio que queda justo enfrente del tuyo. Lo busqué porque dudaba de tu ceguera y pues te hemos descubierto, querido.

—¿Cómo puedes creer eso de mí, amor?

Alberto se desgonzó en el sofá haciendo un gesto de dolor poco creíble, para lograr conmovier a Bibiana. Y ella, como el ser que yo apenas comenzaba a vislumbrar, sacó de su cartera una preciosa Walter PPK calibre 7.65 y lo amenazó. Como era de esperarse, ahora sí desapareció por completo la ceguera del catador experto.

—¡Qué ciego estás!

—Mi amor, esto lo podemos arreglar. ¡Investigador Campo, haga algo!

—¿Sabe una cosa, señor Alberto Gamboa? Esa pistolita me inspira mucho respeto, y más en las manos de una mujer tan bella.

—Mi vida, ¿qué piensas hacer ahora? ¿Cuánto vas a ofrecer para comprar nuestro silencio?

—¿Cuánto quieren?

—¿La verdad, Alberto? Creo que su siquiatra es difícil de comprar. Los resultados del laboratorio deben estar llegando en este momento a Summertime

Tequila. No ha debido dejar esas botellas aquí, son una prueba clara de su aparente ceguera. Entonces, señor Gamboa, no le voy a decir sus derechos como en película gringa, simplemente, está arrestado. Bibiana, entrégueme el arma, ¿ya le dije que aquí el que se ensucia las manos soy yo?

—Mi amor, te lo ruego.

—No me sigas diciendo “mi amor”, que te voy a disparar más rápido de lo que crees.

—Ya, Bibiana. Este señor me importa un bledo, ¡pero Usted! Por un pequeño error no tiene necesidad de arriesgar su libertad y una carrera que puede ser bastante interesante.

—Cállese Usted también. ¿Cómo fuiste capaz? Todo lo tenías perfectamente calculado, ¿no? Te dedicaste a enamorarme y a usarme para mantener tu teatrillo de pobre hombre ciego.

—El arma, Bibiana.

—¡Qué se calle, investigador Campo! No te lo voy a perdonar nunca Alberto, nunca.

Bibiana empuñó con más fuerza el arma y el catador se asustó tanto que se puso de rodillas para rogarle que no lo matara. Le disparó, pero la bala solo le rozó una pierna porque alcancé a rodar con Bibiana al piso para protegerla y, eso sí, con tiempo hasta para sentirme totalmente extasiado con su olor, mientras Alberto seguía arrastrándose y pidiendo perdón a gritos.

Ni para Dios ni para el diablo. Es mejor, como pensé al comienzo, una mujer que despierta demasiados quebrantos hay que dejarla pasar, y corriendo. Alberto estará por varios años en la cárcel y su gran amigo Abraham Pantoja, también. El cancerbero finalmente no tenía nada que ver, solo se ganaba unos buenos pesos por servir de guía nocturno, aunque en verdad sí tenía ese aspecto de espíritu del mal.

Bibiana ahora disfrutará de una suma que le otorgó Summertime Tequila por su colaboración. No es igual a la del seguro, pero podría atender a no más de

dos personas al mes y vivir tranquilamente. Aunque ahora es ella la que por decisión propia recibirá un largo tratamiento psiquiátrico. La visitaré una o dos veces, pero como no podré dominar mi encantamiento, probablemente no regrese. Pienso, aunque no sé si se quede ahí, solo como un pensamiento, que lo mejor sería buscar a Marión y llevarla a ese cine que tanto le he prometido, tal vez la invitaría a un sitio bien agradable para tomarnos unos tequilas, pero eso sí, en pequeñas y discretas cantidades.

## “HOJARASCA”

No había nada mejor que hacer. El calor insobornable, y la tarde, más larga que todas las tardes de un verano juntas, se plantó en tal inmovilidad que solo hasta pasadas las nueve logró esconderse el sol. Andaba con poquísimas monedas en el bolsillo, barba de tres días, ayunos obligados por culpa de una progresiva baja en las ventas de la revista donde todos me llamaban “escritor”, pero aún seguía sin ver un solo céntimo por los diez cuentos supuestamente “maravillosos”, ya publicados y en primera fila de varios revisteros.

Mi cuaderno protegido con una bella reproducción del beso de Toulouse Lautrec, y con demasiadas hojas blancas para llenar, se abrió como esperando que le diera ya un punto final a lo que se había convertido en un ritual casi religioso, porque cada semana dedicaba una tarde entera a un solo expreso, y a observar los detalles más ínfimos de los personajes que se acercaban a un café llamado “Hojarasca”. Con ello, olvidé por completo mi vergüenza de chismoso-maníaco para clasificarme simple y elegantemente como un escritor-*voyeur*, y hasta logré convencerme de que esa forma maravillosa de perder el tiempo era la mejor manera de pescar e hilvanar historias.

El que después se identificó como Gregorio, me abordó. Era un hombre cercano a los setenta años, pero su rostro revelaba una ingenuidad tal, que parecía como si acabara de perder por primera vez el bus matutino de la primaria. Respiraba con dificultad, tal vez padecía de un enfisema pulmonar, porque tanto en sus dedos como en sus dientes se veían claros los restos de nicotina acumulada por varios años. A pesar de mis discernimientos, no fumó, solo sudaba en exceso. No entendí por qué en ningún momento intentó quitarse su pesado saco negro y guardó esa elegancia y pulcritud que a veces hasta molesta. Al llegar me miró con esa cara del tango más triste, por eso no me importó para nada usurpar a un tal “Rafael”.

—¿Usted es Rafael, cierto? —Lo dudé por segundos, pero seguí de largo para buscar mi historia.

—¿Y Usted es?

—Sí, yo soy Gregorio, ¿sabe, me lo imaginaba muy diferente? Nunca pensé que Mariana pudiera dejarme por...

—¿Por alguien como yo?

¿Qué le estaba haciendo a este hombre con esa cara de domingo patidifuso? Gregorio se sentó sin preguntarme, acomodó un pesado maletín también negro en la silla cercana, sacó un pañuelo blanco e impecable, y limpió angustiosamente las gotas de sudor que ya empezaban a saltar muy cerca de mi rostro.

—Entiéndame, yo pensé que Mariana estaba conmigo por toda la seguridad que le podía dar, ya sabe. ¡Es que con veintidós años en qué más puede pensar una mujer como ella!

—¡Claro, y Usted creará que al lado suyo soy un total zarrapastroso!

—No se ofenda, Rafael. Mire, yo solo quiero saber cómo está Mariana, si le hace falta algo, si, si... me extraña, ¡por Dios! Ya no sé qué hacer, no soporto vivir sin ella. Me juró que estaría conmigo hasta que me fuera, ¿me entiende?

En ese momento, soy consciente, comencé a sobrepasarme, pero ya no podía dar marcha atrás.

—¿Y a usted no le parece que ya está como bastante crecido para andar creyendo en promesas de una mujer que no ha querido ni siquiera dejar la adolescencia? Sabía muy bien las razones por las que ella seguía con usted, entonces, ¿por qué no entiende que se haya ido?

—¿Dónde está ahora?

—Pues, no sé.

—Claro, como siempre andará por ahí caminando sin rumbo, ¿también a usted le dijo que la primera regla era no entrometerse con su independencia?

—Al parecer, Usted la conoce mejor que yo.

—Mire, Rafael, este mes ha sido el peor de mi vida, yo podría, no sé...

—¿Qué quiere? Vaya de una vez al grano.

—Mariana me contó que usted es un pintor reconocido, pero independiente. Si quiere, yo podría ser su agente, estoy en capacidad de comprarle toda la producción que tenga en este momento y después, con el tiempo, vamos arreglando. Es de la única forma que puedo estar cerca de ella, es que, ¡ya no puedo más! Sin Mariana, no me hallo, no soy.

No podía creer que alguien llegara a un punto tan deprimente en su vida. ¿Qué era? ¿La soledad? ¿Sus años? ¿Qué haría Rafael en este momento?

—¿Pretende comprarme?

—No lo tome así, cuando uno tiene la edad suya piensa que el mundo existe para atravesar las paredes de cada esquina, pero cuando “uno se invoca a sí mismo y no encuentra nada”, como dice...

—Sí, ya sé, Fernando Pessoa. ¡Intente sobornarme, pero no me subestime!

—Disculpe, no era mi intención ofenderlo.

—Gregorio, la verdad, hablando de hombre a hombre, y como dos personas que se ufanan de civilizadas, ¿no cree que está a punto de mendigar?

—Sí, pero no me importa. Tampoco me queda mucho tiempo y me había programado física y moralmente para estar con ella. Usted no comprende, no imagina hasta dónde puede llegar mi amor por Mariana.

Gregorio tomó el pesado maletín de cuero negro y lo abrió. Sus ojos se aguaron, pero lo disimuló con el sudor que seguía cayéndole a borbotones. Luego comenzó a sacar sus tristezas envueltas en cajas de Seconal, una navaja nueva y muy afilada, un lazo grueso y medieval, jeringas estrictamente selladas, y botellas vacías del whisky escocés del mejor y oscuro sello. No imaginé

encontrar en un solo maletín los implementos perfectos para el manual de un suicida, pero allí estaban.

—Ya lo intenté con todo. Con las primeras quince que tomé de estas, dormí tres días seguidos, pero no pasó nada más. Soy incapaz de ver sangre, puse todo de mi parte para ser médico, y en la primera visita a la morgue me descalificaron por completo. Le tengo mucho miedo a las alturas y para lo único que soy un roble es para beber, me puedo tomar cuatro seguidas de estas y ni mareo siento.

Esperaba otro de sus argumentos cuando sacó del fondo una pistola automática del treinta y algo. De armas sé muy poco, lo único que me producen es pánico. Pero Gregorio la miraba, no, sin exagerar, la acarició como si fuera el cuerpo de la mujer que tanto deseaba, Mariana, claro está.

—¿Es muy bonita, cierto? La conseguí hace poco en un anticuario, soy, digamos, un buen conocedor. Mi padre me enseñó a manejarlas.

Comenzó a limpiarla suavemente con su pañuelo mojado. Yo lo miré sin poder entender muy bien lo que ya parecía un delirio.

—No me mire así, sé muy bien que esto no lo hace ni el conocedor más amateur, ¡pero ya qué! ¿Dígame, de dónde saco el valor para hacerlo? Mire, acepte mi propuesta. Solo quiero tenerla cerca, usted ya debe intuirlo. Yo, yo ya no puedo, la energía no me da para tanto. Me entiende lo que le estoy diciendo, ¿cierto? No soy un peligro para Usted.

—¡Ya, Gregorio, no se rebaje más! ¡No tiene por qué hablar de sus incapacidades para conmovirme!

—¿Me va a permitir representarlo?

—¡No, ya se lo dije! No soy objeto de compra.

Se puso el arma primero en la sien y luego en el centro del corazón. El coraje que tanto buscaba, no lo iba a encontrar. Me sentía muy seguro. Ya me había dispuesto a decirle que todo era una simple farsa, no era más que un escritor

cualquiera persiguiendo una historia en esa tarde calurosa, pero el que probablemente sí era Rafael, me detuvo.

—No vi cuando llegó, todo fue muy rápido. Su barba era oscura, tupida. Tenía una camiseta blanca y larga con algunas manchas de óleo rojo, y una boina que le cubría los ojos. No recuerdo más, se lo aseguro. No lo había visto antes. Es que el señor Gregorio y yo tampoco nos conocíamos, tal vez ellos se habían citado y él mientras lo esperaba se puso a conversar conmigo. No sé más, y si me lo permite me voy para mi casa. No tengo nada más por declarar.

Al verdadero Rafael ni siquiera lo recuerdo, la descripción que di no podía ser más estereotipada ni absurda, pero el policía me creyó. De lo único que me acuerdo es que se acercó a nuestra mesa, tomó el arma y, sin cerciorarse siquiera de si era o no Gregorio, descargó el tambor en la cabeza y en la espalda. Luego tomó el pañuelo, limpió sus huellas, dejó la pistola encima de la mesa y se fue con la mayor de las calmas. Pero esto hacía parte de la historia que ahora tendría que escribir y no del testimonio que firmé en nombre de “toda la verdad”.



A mi padre.

## LA BÓVEDA CALEIDOSCÓPICA

Cinefileo Lumier vive en *La Luna*, un barrio campestre situado a casi treinta kilómetros del centro del distrito capital, que es una inmensa ciudad con más de 20 millones de habitantes. Las señas para llegar son muy sencillas, frente a su casa hay un bar muy exclusivo llamado *Orate's Club*, por eso y por muchas otras cosas más, los pocos que aún se llaman “sus amigos”, dicen que Cinefileo, “el loco”, no pudo encontrar mejor y más preciso lugar para vivir. En verdad a ratos tiene sus desmadres, tantos, que hasta decidió cambiarle el nombre a la ciudad y a muchos les gustó tanto que ya ni se acuerdan cómo se llamaba antes. De la misma manera, y de un día para otro, decidió que no soportaría más el esperpento de nombre con el que lo habían bautizado hacía cuarenta y dos años, pero eso será tema de discusión más adelante. Una mañana de buen sol, Lumier determinó que la ciudad, a donde muy pocas veces se dirigía, la llamaría simplemente: Caleidoscopia. Es muy fácil adivinar las razones, pero por ahora tampoco hay necesidad de apresurarnos con esa parte de la historia.

Aquellos amigos de los que hablaba le dijeron por muchos años: “La golondrina”, porque el pretendía solo, muy solito, no hacer uno sino más de un verano. Nadie lo sabe a ciencia cierta, no se podría calcular en este momento cuándo comenzó su gran obsesión, tal vez la ha ido cambiando poco a poco, por eso también la modificación de nombre que lo llevó hasta la notaría y todo, aunque detestaba ir a la ciudad y soportarse la contaminación, los bochornos y los atascaderos en el tráfico. Y es que cualquiera lo puede comprender, solo a su papá y a su mamá se les pudo ocurrir semejante dictado tan horripilante, imagínense qué puede hacer uno en la vida cuando dice: hola, mi nombre es Ulpiano Venancio López Torres, si se traduce sería algo así como cazador de ajos. Es inaudito, ¿cierto? Pues por eso él cortó de raíz con sus olorosas raíces y como es lógico y por su gran fascinación le sonó mucho mejor Cinefileo Lumier, bastante españolizado entre otras cosas, pero acorde con sus sueños.

El cine, los caleidoscopios y toda imagen en movimiento que pueda construir, han sido su sueño, su pasión y la primera razón de su vida. Para nada es

exagerado decir que su gusto ya es casi un embrujo y a tal punto que por la mente de Cinefileo no pasan objetos estáticos y normales, como los de cualquier ser humano. No, es como si su cerebro ya solo captara las imágenes en movimiento, y sobre todo, las de los caleidoscopios que fabrica desde hace muchos años atrás y que ha ido perfeccionando tanto, que ahí es precisamente donde está el gran problema de Cinefileo: el caleidoscopio que pretende elaborar.

Todo comenzó cuando era muy niño, allá por los primeros años de los sesentas, un día cuando regresaba del trabajo su padre Fulgencio, claro, ¡tenía que vengarse de alguna forma con su hijo!, ¡ya era hora de entender! El caso es que el niño en cuestión se encontraba concentrado desarmando, o más bien destruyendo por completo la radiola vieja porque estaba convencido de que iba a encontrar tras la tapa de la radio a *Kalimán* y a las mujeres que a diario contaban esas trágicas historias en *Consúltenos su caso*. Como es evidente, no era el primer artefacto que el niño desbarataba por completo, Fulgencio se devanaba los sesos preguntándose qué podría regalarle a Ulpianito, el destructivo, curioso y casi genio que tenía en casa.

La solución llegó a través de una vitrina donde exhibían un aparato con cristales multicolores. El padre pensó que, si además de regalárselo le enseñaba a hacerlo, iba a tener entretenimiento para rato. Más acertado no pudo ser, los ojos desorbitados de Ulpianito, hoy Cinefileo, tienen la misma mirada de esa tarde en que Fulgencio López llegó con el kit completo para enseñarle a su hijo el principio y el fin de la construcción de un caleidoscopio.

A partir de ese momento Cinefileo comenzó a tener un sueño que se convirtió en recurrente y en continuidad. El muchacho entonces no tenía que hacer filas interminables en el cine del barrio porque cada noche al cerrar sus ojos, y en ese sueño inacabable, disfrutaba de los destellos de sus caleidoscopios, pero en la bóveda nocturna y en movimiento.

Y hasta el sol de hoy han durado su embeleso y aquella recurrente fantasía. A Cinefileo, con sus cuarenta y dos recién cumplidos, el pelo cada día más encanecido y enmarañado porque él insiste en llevarlo suelto y a la altura de los hombros, lo único que le importa realmente es pasarse día y noche mirando hacia el firmamento, para encontrar la solución a su verdadero

dilema: construir el caleidoscopio más grande del universo, tan grande que su proyección se pueda hacer en el cielo nocturno donde se confundan estrellas y asteroides con las figuras infinitas y multicolores que produciría el aparato, que según sus teorías puede hacerle la competencia al más potente telescopio.

Cinefileo insiste, lo que no ha podido es encontrar el apoyo económico, claro, que necesita para su proyecto. Ahora en las mañanas se dedica a escribir por Internet a cuanta fundación encuentra, para que le puedan patrocinar su osadía, siempre argumenta con palabras atropelladas un discurso que dice, palabras más o palabras menos, “es como el cine, sin diálogos, ya tengo varias sinfonías escogidas para cada proyección y si la gente lo que quiere es armar historias, pues podríamos traer un cuentero y hasta un pianista para que sea en vivo y al aire libre. El cuentero, el pianista y los cristales multicolores proyectados en el gran domo nocturno, ¿dónde podrían encontrar ustedes un espectáculo de mayor dimensión?”.

Todo parece indicar que alguien le hizo caso y por fin su sueño tuvo un eco, ¿en dónde?

Aún no hemos podido saberlo, por las señas indicadas llegamos a la casa de Cinefileo, nosotros somos un grupo de cineastas, no tan trastornados por la imagen como este personaje, lo único que queríamos era alquilarle unas cuantas luces para su proyecto, aunque de antemano sabíamos que ni con los más potentes HMI iba a ser sencillo que Lumier logrará su propósito. Pero al llegar con nuestro equipo solo encontramos un pedazo de algo que parecía ser un ensayo que le escribieron de una de estas fundaciones y cuanto catálogo de luces halló en su labor de cibernauta. El problema es que el ensayo estaba en alemán y nos llevaría algo así como tres años, igual que al señor Calvino, para estudiar y entender el texto, que además no estaba completo. Seguramente hacía parte del final, porque estaba el punto aparte y la firma de su autor impronunciable.

Lo único que quedaba entonces era esperar a que Cinefileo retornara a su hogar, no sería raro que estuviera tratando de entrar en la Nasa para que su proyecto se aprobara y tuviera validez o quién sabe si iría a la sede de los récord Guinness, porque él está convencido y asegura que su verano ya le

llegará, aunque haya sido la única golondrina que pretenda volar muy cerca de las estrellas y en medio de fuegos y destellos multicolores que atraviesen el firmamento como en sus sueños.

Tiempo después supimos que el contenido del ensayo había sido traducido por el propio Cinefileo, pero nunca se encontraron las páginas anteriores. La cuestión es que así haya sido traducido seguía sin entenderse muy bien lo que parece ser una charla sobre las experiencias que tuvo el fotógrafo Xaver Schwarzenberger, con el realizador alemán Rainer Werner Fassbinder. El director de fotografía alemán, quien realizó gran cantidad de películas con el niño genio del cine alemán, entre las que se cuentan *Querelle* y *Lili Marleen*, fue el único fotógrafo que respondió a los infinitos mensajes de Cinefileo Lumier, y quién de alguna forma le explicó cómo podría llevar a cabo su sueño.

En aquella página, del que solo se reproduce a continuación un párrafo, Xaver le dice en pocas palabras algo que Cinefileo tradujo de manera un tanto amañada, según su propio testimonio, porque lo que necesitaba era que alguien le apoyara y le creyera su descabellada teoría.

Se reproduce entonces lo que dice el hombre de este apellido largo e impronunciable, pero no sin antes advertir que el desafortunado adagio nuevamente se cumplió: a Cinefileo se le acabó el verano antes de poder disfrutarlo, cuando instalaba la más potente luz que pudo encontrar en la plaza mayor de la ciudad y faltando un solo día para realizar su espectáculo en Caleidoscopia, porque cayó del andamio y como es evidente no pudo vivir para contarlo.

A la gente que estaba en medio de la barahúnda agolpada frente al cadáver de Cinefileo, en ningún momento se le ocurrió continuar con la demencia de Lumier, y, sin más, tanto caleidoscopios como luces se archivaron en su casa, que hoy es solamente un museo de caleidoscopios y queda en frente al famoso bar Orate's Club. De esta manera terminó entonces la correspondencia entre Xaver y Cinefileo:

“Usted, amigo Cinefileo, podría abandonar su intento antes de comenzar la osadía porque tal vez demorará demasiados años en lograrlo, pero de todas maneras no se rinda. Quién sabe si a la gente le llame la atención este tipo de

cine que usted propone, pero se ha visto tanto que esto podría cambiar muchos rumbos, vaya uno a saber. Imagínese lo que pude pensar yo en el momento en que le llevé a cabo las fantasías más desaforadas al más extravagante y despiadado de todos, ¿por qué entonces Usted no tendría derecho a proponer que el escenario del cine sea el cielo despejado de una noche de verano, donde los rayos multicolores y caleidoscópicos se confundan con los astros que resplandecen en medio de las tinieblas?”



Para Lilo.

## ÉL, ELLA, Y EL OTRO ÉL

Ella, importa poco cómo se llame o quiera llamarse. Solamente, Ella, porque hubiera podido ser cualquiera. Entonces, Ella mira nerviosa el reloj, todavía faltan quince minutos para la cita con Él.

Media hora antes estuvo tratando de calmar la tembladera y se quedó un buen rato charlando con su amiga, mientras la acompañaba a la estación del metro. Piensa positiva amiguita, va a llegar, es más, debe estar esperándote. Y eso sí, métete en la cabeza que vas con todo y de seguro se te va a hacer. Ella no se lo dijo, solo lo pensó, “ojalá así sea porque no me aguanto un azotón más”. Y siguió como despabilada, intentando escuchar a su amiga, pero en un estado de nervios tonto, ésos que dan cuando el deseo terrible e incontrolable es de amar, aunque solo sea por un rato.

Él, muy cerca del lugar de la cita, sin entender por qué comienza a dudar. “Pero sí soy bien pendejo, no tenemos nada, seguramente no quiere compromisos. ‘Vamos a lo que vamos y para de contar’, me dijo, cuando yo mismo y sin que nadie me obligara, me puse en oferta. ¿Y si nos enredamos?”. Desgasta entonces mucho cerebro en algo que no tiene un ápice de neuronas.

Ella entra a la librería, más para protegerse de esa lluvia invariable en cada tarde de verano, que para subir al café donde se encontrará con Él. Mira nuevamente el reloj, faltan catorce minutos. Cruza los dedos para que Él ya esté esperándola, después de haberse tomado dos o tres cafés con sus cigarrillos correspondientes.

Ella se pone a leer un cuento antes de subir. No quiere permitirle pensar que se muere de las ganas de estar con Él. Su problema poco tiene que ver con el sexo, hace muchos meses ni siquiera lo desea. No, no es tan escueto. El contacto corporal puede hasta mirarse tan simplemente higiénico, como la descarga hormonal que necesita cualquier persona en el momento en que se le antoje.

No, Ella está ahora enmarañada en asuntos diferentes. Es más una necesidad de amor, que así no alcance ni siquiera el adjetivo pasajero, sino de al otro día, *si te conozco, no me acuerdo*, sigue siendo amor. El simple deseo de sentir manos fuertes que transiten rincones inhabitados, éstos que ya están muy cerca de lograr simbiosis con paredes de piedras incrustadas.

Lee, pero no logra concentrarse ni en la primera de las tres o cuatro páginas de un libro de cuentos que tomó por casualidad. Prefiere embriagarse de solo pensar en el vino que tendrá que beber para no estallarse de la risa, porque aún no entiende ni cómo se atrevió a seguirle la corriente a Él, cuando le dijo: “¡Qué te crees! ¿Ahora vas a pensar que no soy capaz?”.

Ella comienza a subir las escaleras y cuenta los peldaños con atención. Sabe muy bien que, en días como ése, lo más seguro es la típica caída de bruces en el lugar más atestado de miradas. Él no ha llegado. Ella se dirige a una de las mesas desocupadas, saca un libro que lleva en la cartera, se pone a leer, y espera. Seguro me dirá que llegó tarde por la lluvia, pero no importa. Finalmente, esto es de compinches y nada más. Nadie habló de algo distinto.

Transcurren más de diez minutos. Al menos llega el mesero. Ella ordena un expreso largo con tres gotas de crema. Decide esperar veinte minutos, no más de eso. Él está muy advertido: “donde no llegues, no te imaginas de lo que soy capaz”. Transcurre cerca de media hora. Ella se toma el café despacio, fuma dos cigarrillos y lee dirigiendo su mirada hacia las escaleras, en los intervalos de los puntos aparte. Cierra el libro y comienza a planear la venganza del día siguiente. No tiene rabia, ¡ya para qué!, se dice, pero deberá inventar, aunque sea un mínimo reclamo.

Apaga el último cigarrillo que piensa fumarse allí, cuando la aborda Otro Él, uno que ha estado mirándola insistente, desde el momento en que la vio entrar. Le pregunta lo más insulso y repetido, algo así como: “¿tú estudias derecho? Es que me parece haberte visto”. Luego, atragantándose, y sin ser invitado acerca una silla: “¿te puedo acompañar?”.

Ella le dice: “Ya me voy”, mientras piensa y sonríe sin muchas ganas: ¿Así de grande como estás, no podrías inventarte una mejorcita? Pero el cuarentón se sienta y comienzan a hablar de lo que Ella hace y el Otro Él de sí mismo.

Treinta minutos después se dicen sus nombres y Ella se atreve a discutir hasta de política, aunque el tema le interesa muy poco. Luego él le lanza las frasecitas de siempre, ésas que están más gastadas que la suela de las sandalias de la feria artesanal del no me acuerdo. Otro Él, le dice: “Desde que te vi me encantaste, ¿no te habías dado cuenta?”. “No, y qué pena, pero ya me tengo que ir”, afirma Ella sin mirarlo, y con ganas de evadirse inmediatamente de este Otro Él, que Ella sí, y sin ningún esfuerzo neuronal, encasilla rápidamente como uno de esos que cierra su negocio propio después de las cuatro, y se va a mascar la tarde jugando ajedrez con los de siempre, sin dejar de vigilar qué pesca en la mesa de al lado. Además, se sabe tan bien su parlamento, que lo repite con la misma gracia con la que se canta el Himno Nacional en las escuelas, y sueña, sin poder atinar ni a una con ligarse a la que llegue sola.

Ella piensa que ni de riesgos será la primera en la lista que este cuarentón ansía llenar. Se levanta, se dirige al baño, y Otro Él, que ya le había insistido en llevarla a su casa, sigue muy sentado esperándola. Ella pronuncia el “No” rotundo, pero como es evidente, Otro Él insiste. “Que le vaya muy bien”, se despide Ella sacando a fuerzas cortesía.

Otro Él se incorpora rápidamente y la sigue. “Yo no me voy a ir con usted a ninguna parte”. El cuarentón le asegura que solo la acompañará hasta la puerta. También quiere irse ya. Ella piensa en contener su altanería. Finalmente, Otro Él no tiene la culpa de Él. Camina muy cerca de Ella y se saborea con su trasero, se le acerca cuando se queda mirando desprevenida hacia el lugar donde pasan los buses que la llevan a su casa. “Sin hacer mucho escándalo, te vas a ir hacia el auto blanco que ves estacionado allí”, amenaza Otro Él, poniéndole una navaja punzante que comienza a penetrarle su vientre. Sonríe absurdo, y, con toda la alevosía, le pone su otra mano en la espalda y la abraza con fuerza. Ella se queda inmóvil. En segundos le pasa por la cabeza todo lo que seguramente va a suceder y se da cuenta que ganará muy poco con gritar o intentar salir corriendo. Se deja llevar hacia el auto.

Arrancan. “¿Adónde me va a llevar? ¿Me imagino que su decencia no le da para un motel, cierto? ¿O se va a voltear aquí en la primera esquina y me la va a meter en el parque más oscuro que encuentre? Mire, Edgar, o como se llame, espero que esto sea lo más rápido posible, para ver si lo olvido tan velozmente como va a pasar”, le dice Ella, con toda su rabia.

El olvido no llegará tan vertiginoso como el callejón donde Ella misma le pide ser tan escueto, como sus simples ganas de eyaculación. No la obliga, ni la golpea, y termina abandonando desconcertado la navaja. Ella se sube sus pantalones con más ira de la que ya traía. Le provoca tomar el arma, cortarlo en pedazos, y, sin más, irse. Pero alcanza a vislumbrar el dolor que guardará por muchos años, se imagina salpicada de la sangre y las lágrimas que no logrará quitar de su piel y de su alma. Por eso, simplemente, se va.

Camina más de dos horas sin ningún sentido, y llora, con muchas lágrimas, tantas, como para empapar su cuerpo y pretender suprimir cualquier huella. Finalmente se detiene decidida en una cabina telefónica: “Nos vemos en veinte minutos en el hospital que queda cerca a mi casa, después te explico”, le dice a su amiga. Cuando se encuentran, no necesita demasiados detalles para ayudarle a exigir a Ella que le saquen cualquier vestigio de ese Otro Él que se le ha derramado por dentro.

Transcurre poco más de un mes. Aunque Ella le reprochó a Él, porque nunca llegó a la cita, no le contó lo que pasó esa noche. Ahora intenta olvidarlo. No entiende por qué acepta, pero se ponen una cita nuevamente. Él le ha explicado que “es un soberano marica porque le dio miedo”, pensó que si tenían algo se iban a “cagar” por completo la amistad. Ella anda ahora en un estado de esos que no sabe ni de qué país es vecina. No le presta mucha atención y lo acepta, porque no tiene nada de malo darse otra oportunidad.

Ella mira el reloj, hoy llega a la hora exacta. Piensa que esta vez será distinto, Él estará esperándola. Tomarán varios cafés, acabarán con dos o más cajetillas de cigarrillos y hablarán de lo que siempre hablan, hasta que por fin se decidan sin necesidad de muchos vinos, porque ya va siendo hora de acariciarse los cuerpos, con ese amor que Ella ha esperado tanto.

Para mi Sebas.

## LA CITA EN *LA VIRUTA*

Antonio Behrens es un hombre que está cercano a cumplir sus ochentas y vive en Buenos Aires hace unos pocos años, aunque su lugar de origen y nostalgias siempre será Misiones. El menor de sus hijos es Sebastián, un fotógrafo renombrado por su excelente trabajo que lo instaló en una pequeña casa junto a la suya. Teme por los actos de su viejo en estos últimos tiempos y no quiere que en cualquier momento se abandone por tanta tristeza.

Hace siete años murió Norma, su esposa, única novia y amor de toda la vida. Nunca y nadie pudieron probarle a Behrens alguna infidelidad. Mucho menos a ella. Se amaron hasta el último día como si fueran dos adolescentes y se ufanaban contándole a sus hijos, nietos y bisnietos, que eternamente iban a agradecerles a los padres de cada costado por su gran labor como Capuletos y Montescos. Gracias a eso habían luchado por defender su amor y demostrárselo a todos, renovando el querer cada mañana al mirarse en los ojos de la persona que adoraban con el mismo enamoramiento de la primera vez. Por eso no tuvieron necesidad de buscar en otros lugares a nadie más.

Norma murió en un viaje que habían hecho ella y Antonio a Buenos Aires para visitar a la familia. Una tarde el par de enamorados se citaron en el metro viejo. Pretendían escaparse a bailar en *La Viruta*, pero Norma nunca llegó al encuentro. Cuando salía de la casa de uno de sus hijos, un ataque al miocardio la dejó sin vida. A partir de ese momento, y aunque Antonio y Norma se habían prometido ser un par de robles si cualquiera de los dos moría, tanto el ánimo como la salud de Antonio comenzaron a decaer, y por encima de todo en el aspecto mental.

Sebastián le permitió a su padre pasar una temporada más en la casa de Misiones. Pero algunos vecinos lo llamaron preocupados porque el viejo persistente no aceptaba más que su particular dieta en la que solo se comía un par de alfajores de chocolate, y, claro, los acompañaba con el infaltable mate

amargo. Por eso, Sebastián se lo trajo a Buenos Aires y lo acomodó en la casita que en alguna época había destinado para su laboratorio y estudio fotográfico.

Antonio se ha ido acostumbrando a la vida de la ciudad, aunque la verdad sale muy poco. Los nietos lo visitan los fines de semana y se divierten con sus historias, aunque en el rostro no desaparece esa inmensa melancolía por el recuerdo de su amada Norma. Este año la situación ha sido más complicada. Sebastián no sabe cómo manejar lo que parece ser la llegada del Alzheimer para su padre. Y lo que más desazón le produce es que los médicos dudan si realmente Antonio está enfermo o solo ha olvidado porque necesita olvidar.

Sebastián no quiere aceptar que poco a poco lo está perdiendo. Y lo más difícil, ha sido reconocer que su padre puede estar entregándose voluntariamente a la muerte. No imagina la vida sin él, sin esa adoración que se siente solo por los abuelos porque nació cuando Norma estaba bordeando los cincuenta. Todos sus hermanos habían dejado el hogar, el mayor ya casado, con hijos, y los otros dos en el exterior en sus estudios universitarios. Sebastián, el más dulce y apegado a sus padres, fue entonces el motivo de muchas burlas para el par de enamorados, que sabían muy bien cómo aprovechar la eterna luna de miel en la que vivían. Razón de más para que Norma y Antonio se dedicaran no solo a consentirlo sino a malcriarlo como par de abuelos irresponsables.

La mañana de hoy ha sido particular. Eso tiene la mente de Antonio más enrevesada. Muy temprano preparó el café, se lo sirvió y mientras lo tomaba se fue quedando dormido de nuevo con *El Clarín* en su regazo. Minutos después escuchó algo en la cocina. No le dio importancia. Comenzó a sentir el ambiente pesado. En la duermevela abrió los ojos y el fuerte olor lo condujo hasta la cocina. El gas de la estufa se había esparcido por toda la casa. Miró todo a su alrededor lleno de pánico, apagó la estufa y abrió las ventanas y la puerta para que la emanación saliera del lugar.

Luego se paró en el porche y caminó hacia la ventana de la casa de su hijo. Tocó un buen rato en la puerta vecina hasta que pudo recordar que Sebastián llegaría en la noche, estaba en un viaje tomando fotos para la revista donde trabaja. Antonio pensó que si no se hubiera dado cuenta a tiempo tal vez estaría muerto. ¿Y eso no sería lo mejor?, también eso pensó.

Qué hacía allí, en ese lugar alejado de su verdadera casa, sin Norma. Sin la mujer con la que siempre quiso despertar, conversar. Le hacía falta su cuerpo. Así fuera tan viejo como el de él, deseaba acariciarlo de nuevo. Se sentía cansado. Olvidaba más, confundía los nombres de sus hijos, y aunque Sebastián no lo quisiera reconocer se había convertido en una molestia perturbadora. Y sí, Juana lo acompañaba y lo divertía con sus ocurrencias de vez en cuando, pero nadie podría llenar el tremendo vacío que había dejado Norma en sus días.

Juana era la abnegada enfermera y vigía que Sebastián contrató, pues para él y por su trabajo se hacía imposible hacerse cargo de Antonio. Le dolía su hijo. Él tenía que salir del nido, volar alto, y con este viejo a costas iba a ser imposible. Morirse era la solución más simple para Behrens, el problema era cómo. Otras veces lo había intentado. Una de las tantas tardes que logró escapársele a Juana estuvo a punto de lanzarse de una terraza de un edificio de más de 50 pisos. Apenas estuvo listo para hacerlo, lo sorprendió un viejo amigo del colegio que venía de paso por Buenos Aires y entre el brandy y la conversa se le olvidó a qué iba a la terraza.

Esto del gas podría ser fácil, pensó. Pero Juana no demoraba en llegar y ya no tendría tiempo para morirse como lo tenía planeado. Al rato entró la eficiente compañía y se le borraron de la memoria sus planes. La tarde avanzó con el aburrimiento y el frío del otoño. Juana estaba embelesada viendo la telenovela de las seis y Antonio aprovechó para planear un nuevo escape.

Se acicaló frente al espejo, se puso su chaqueta negra, lustró con paciencia los zapatos, bajó las escaleras sigiloso porque sabía que Juana no se atrevería a interrumpirle su lectura de la Montaña Mágica, el libro que más le gustaba a Antonio y que leía cada día como si fuera la primera vez, aparte de tener alrededor de treinta ediciones que había ido coleccionando cumpleaños tras cumpleaños, cuando sus familiares le regalaban una “inconsequible y antiquísima” o la “más nueva y hasta con modernas ilustraciones”.

Antonio parte de la casa sin saber muy bien hacia dónde se dirige, lo inmutable es no faltar a su cita de las siete en el viejo metro. Mira la hora que marca el reloj de la estación, y saca del bolsillo el suyo con leontina plateada para comparar si están exactos. Norma se lo regaló un día antes de morir, cuando paseaban tomados de la mano por la Avenida Corrientes.

Antonio se detiene con embeleso frente a una vitrina donde hay alfajores, pero recuerda que el médico le ha dicho que intente no comer más de dos diarios y su ración de hoy se la ha comido a las cuatro. Camina entonces unos pocos pasos para darse un tiempo. Faltan cinco minutos para las siete. Antonio sonríe. Norma está por llegar y *La viruta* es el destino para bailar toda la noche.

Ha transcurrido una hora. Norma no ha llegado, y es claro, no llegará. Antonio se sienta cansado dándole la espalda a la vitrina de los alfajores, se toma la cara y limpia con desespero una lágrima atrevida que se le escapa. Luego mira con ansiedad hacia el vagón viejo y entre los rostros encuentra uno muy acongojado, precisamente el que menos quiere mirar en ese momento.

—¡Viejo, por Dios! ¿Qué hacés acá?

—Nada, esperando. ¿Y Usted quién es?

A Sebastián se le inundan los ojos, pero lo disimula llenándose de rabia y de incapacidades. Se sienta en la silla que hay al lado. Toma de la mano a su padre y lo mira con firmeza.

—Ahora no me vas a venir a decir que no sabés quién soy, viejo. Vos no te hagas el loco porque sos más cuerdo que yo y todos mis hermanos juntos. De vez en cuando se te olvidan cosas, pero no quiere decir que estés enfermo. Nada de eso. Ahora sí decíme, ¿qué hacés acá?

—No te preocupés hijo. Mejor te vas porque Norma llega en esto y no te vamos a llevar a *La Viruta*. En la cita solo somos dos. No cabés ahí, si querés te vas otro día por el salón con una mina bien linda. Hoy no.

Sebastián no puede evitar que las lágrimas salgan de su rostro. El viejo lo mira enternecido, saca un pañuelo de su bolsillo y le limpia el rostro con mucha ternura. Luego le hace un guiño y mete una de sus manos en los flecos del pelo suave que le cae a Sebastián sobre los hombros.

—¡Viejo, por favor! ¿Vos sabés qué día es hoy? Estamos a 14 de mayo del 2012, Norma no va a llegar a la cita porque murió hace más de siete años, vos lo sabés.

Yo también la extraño muchísimo, viejo, pero tenemos que acostumbrarnos a la idea. Ya no está.

Antonio lo mira incrédulo y sus ojos brillan con emoción. Le da unas palmaditas en la mano y se incorpora.

—Quién sabe por qué se retrasó. No debe demorar. Nunca me ha incumplido una cita, seguramente se fue al salón de belleza o estará comprando unos zapatos nuevos para el baile. ¿Será?

Antonio parece estar lleno de ilusiones, de ensueños que probablemente solo pueden caber en su memoria. Sebastián lo mira amoroso, pero deshecho. Se incorpora y limpia unas nuevas lágrimas que han rodado por su cara, lo observa y le sonrío. Lo abraza y el viejo también le sonrío.

—¿Querés un chocolatito caliente con alfajores?, va, mientras llega Norma.

Antonio lo observa dudoso y levanta los ojos hacia un nuevo vagón que hace su arribo con unos pocos pasajeros. Los detalla ansioso, vuelve la mirada hacia la vitrina, luego a su hijo, y levanta el dedo índice en señal de advertencia.

—Tranquilo viejo, ya sé, apenas llegue Norma me voy para la casa porque ustedes se van para *La Viruta* a bailar hasta el amanecer.

Antonio celebra triunfante, abraza a Sebastián y entran al café. El viejo se acerca emocionado a la vitrina, una mujer joven saluda amable, les señala una mesa vacía que tiene un mantel púrpura con unas flores blancas y frescas dentro de un delgado y azul florero de vidrio.



A José Z.

## SIEMPREVIVA

Tres de la mañana. Un imperturbable sosiego confunde en la ciudad de algarabías, salsa y desbordes de todos los tipos. Desde la ventana donde intento dormir, contemplo una de las esquinas del edificio color rosa con formas graciosamente contorneadas. Dos Jacarandas púrpuras vigilan los costados y esparcen un surco largo de sus embelesos sobre la calle adoquinada.

Las calles continúan adormecidas. Aunque hoy no me inquiete para nada, insisto en la permanencia de mis insomnios y en la bitácora que me acompaña desde el cumpleaños catorce, cuando en sus frecuentes arrebatos el tío Jaime llegó en la madrugada cargado de sorpresas, jolgorios y serenatas con canciones de Serrat, Piero y Silvio, que escuchábamos en casa desde donde la memoria me alcanza. Hace un buen rato ya no se encuentra por estos lares el tío Jaime, casi el mismo tiempo que dejé, además de los catorce, el primer amor, las ilusiones y la fiesta de graduación del bachillerato donde probé la mariguana por primera vez y por poco olvido, en una de las escaleras del Hotel Aristi, esa tanta insulsa y demasiado cuidada virginidad.

De todas maneras, dos años atrás y con un hombre muy distinto al que imaginaba, olvidó los melindres y purezas. Gozó cada momento y exploró hasta la saciedad, hasta querer un borrón y cuenta nueva al encontrarlo a él en los pasillos de la Facultad de Periodismo y embeberse en un amor malsano que ahora pretendía expiar por entero. Escribe, lee, relee y vuelve a escribir en el cuadernillo. Recuerda y repasa en fechas, en vidas que le parecen pasadas y a veces, ajenas.

“3 de agosto de 1983.

¡¡¡Hola, quién sea, quién lea!!!!

Nadie alcanza a imaginar lo feliz que me siento hoy. Días atrás venía experimentando sensaciones extrañas en mi organismo. Creí que todo se debía

al aburrimiento producido por la soledad, esa que yo misma me he impuesto estos últimos meses. Pensé que aquellos mareos y los deseos permanentes de dormir se debían a mi encierro. Entonces decidí ir al médico, ¿y sabes qué?, sucedió lo menos esperado. Voy a ser madre, ¡yo! Es la mayor de las dichas. Mi cuerpo se debilita, pero no importa, por él o por ella sacaré de donde sea la fortaleza que necesito ahora. Afuera solo hay silencio, y yo con estas ganas de gritarle al mundo mi alegría. Aunque son pocos meses, ya siento cómo mi cuerpo empieza a cambiar. Ni el recuerdo de su partida podrá entristecerme”.

Al incorporarse del asiento, Alicia se miró en el espejo situado a lo largo de la puerta. La pijama transparente dejaba que se dibujaran claramente las líneas de su cuerpo bajo el reflejo de la luz. Sus manos recorrieron suavemente el vientre, siempre liso, ahora torneado y comenzando a ser huésped de otra vida. Mirándose el rostro, sonrió y en sus ojos brilló la espera. —Pedacito de mi vida, haces renacer mi cuerpo. —Exclamó. Apagó la luz y se sentó en la cama, pensando en los días venideros. Ya era muy tarde y a pesar de seguir embriagada de emociones la dominó el sueño. Unas pocas horas después se sobresaltó cuando sonó el teléfono.

—Aló, ¿quién habla?

—Hola, dormilona.

—Ah, ¿cómo vas?, se me estaban pegando las cobijas, son más de las ocho.

—Te llamo para saber qué has decidido, ¿vas a volver?

—Sí, está decidido. ¿Puedo empezar mañana?

—No sabés la falta que hacés.

—Gracias, Adolfo. En verdad, por tu paciencia, por lo mucho que me has ayudado. Mañana estaré en punto a las ocho, como de costumbre.

—Aquí te esperamos.

Había llegado el momento de ponerle orden a tanta barahúnda. Limpió con minucia el apartamento, preparó café y elaboró una lista de cosas que debía

comprar. Luego se arregló y al salir tomó la lista que había dejado encima de la mesa del comedor. Pasó toda la mañana y parte de la tarde en la casa de su madre, y solo cuando estaba lista para irse, se lo contó.

—Mamá, te tengo una buena noticia.

—¿Qué pasó? Sí pensé que algo muy raro te sucedía. Hoy estás diferente. ¿Qué te traes, muchachita de los diablos?

—Vas a ser abuelita. —Su madre, perpleja, no sabía qué decirle. Pero ella sonrió como hace mucho no lo hacía.

—Si tú eres feliz, yo también lo soy.

—Ah, además comienzo a trabajar de nuevo mañana.

—Aún mejor. —Por un momento se quedó callada, pensaba si debía o no preguntárselo, pero lo hizo.

—¿Ha vuelto a llamarte?

—No, y espero no lo vuelva a hacer. Mi vida y... la de él o ella—, dijo, tocando delicadamente su vientre—, serán totalmente nuevas, quiero que el pasado quede atrás, ese libro se cerró y no quiero volver a abrirlo.

—Sigue adelante, voy a estar cerca.

—Lo sé, mamá. Gracias.

Al salir de la casa de su madre caminó largo rato por un centro comercial cercano. Iba bastante cargada con las compras del supermercado, pero no aguantó la tentación al pasar por una vitrina donde exhibían artículos para bebé y compró las primeras camisillas. Se dirigió de nuevo a su apartamento. El día había sido agotador, dedicó unos minutos para alistar la ropa del día siguiente y se acostó.

Transcurrieron un par de semanas, irradiaba alegrías, aunque empezaba a sentir más molestias debido a su estado. Además, el regreso al periódico la

llenaba de satisfacciones, ahora mucho más porque Adolfo le había pedido que fuera la editora en reemplazo de José Z. La tomó por sorpresa. Aparte de estar en casa de Pepe, que fue quien la llevó de la mano a la sala de redacción y le había dejado a cargo sus libros y el apartamento donde ahora vivía, iba a intentar ocupar su cargo como editora periodística. Seguía sin poder creerlo y no paraba de agradecerle en las cartas cercanas a pastorales que escribía semanalmente para él y para Claudia.

Una mañana sintió que desfallecía, pero incorporándose rápidamente siguió arreglándose para salir. Respiró hondo y se puso la mano en el vientre.

—Mirá que debo llegar temprano, no me vas a dar problemas hoy, ¿cierto?

Pero el retraso fue inevitable, sentía que la cabeza le daba vueltas. Se sentó por un momento en el borde de la cama. “Esto es normal, pronto me pondré bien”, pensó. Cuando se sintió mejor, abrió rápidamente la puerta del apartamento, faltaban diez minutos para las ocho y le disgustaba llegar tarde a cualquier sitio. Tal vez se distrajo pensando en lo que le diría a su jefe y no se percató de lo enjabonado que estaba el piso, cuando alguien desde abajo le gritó.

—Cuidado niña, estoy haciendo el aseo.

Escuchó demasiado tarde a la mujer del aseo. Rodó por las escaleras y ningún esfuerzo hecho por aferrarse a las barandas le sirvió. Allí estaba, tirada en el piso. Al caer se aferró al vientre con un grito de dolor.

—Mi niño. Por favor ayúdeme. —De su cabeza bajaron gotas de sangre que le empañaron el rostro. La mujer la miraba asustada, inermes.

—Mire cómo tiene la cara toda llena de sangre.

—Eso no interesa. Lo único que me importa ahora es mi hijo, lléveme a un hospital, por favor.

Encontró los ojos de su madre al despertar. Las manos le temblaron, tal vez se preparaba para decirlo. Se acercó para acariciar a Alicia, como si aún fuera una niña, y no pudo contener el llanto.

—¿Lo perdí?

La madre se sobrecogió al estrecharle las manos. Sin poder levantar su mirada, le tomó un rizo de los cabellos y la acarició, para luego asentir sin ningún aliento. Alicia le pidió a su mamá que la dejara sola. Se levantó de la cama, se dirigió a la ventana y se aferró a ella, entre sollozos y lágrimas.

—¿Por qué duró tan poco esta dicha?

Dos días después fue dada de alta y se fue sola para el apartamento. No salió de la cama más que para bañarse, tomar café y comer, de vez en cuando. Solo escribía como un autómata en su bitácora, aunque ahora no invocara a ningún destinatario.

“30 de septiembre de 1983.

Son las tres de la mañana y sigo sin dormir, no sé cuántos días llevo así. ¿Podré ponerle un alto? Y ahora esa idea que se me ha metido en la cabeza. Alejarme, dejarme, dejarlos.

Al fin y al cabo, estoy más sola ahora que antes. Mi única ilusión se ha desvanecido. Aún hoy, cuando ha transcurrido más de un mes, no logro entender. ¿Por qué sucedió? ¿Por qué esa llamita de vida se extinguió tan de repente? Siempre anhelando estar sola y en mi espacio para hilvanarme, para ser, pero en este momento no encuentro más que oscuridad y tristeza. Solo me acompañas tú, una bella bitácora de viaje en cuero, mi único y verdadero refugio.

Cuando él estaba a mi lado, me engañé creyendo que me amaba. No fue así. Todo mi amor no alcanzó a suplir el que jamás me dio. Tres años creyendo mi propia mentira. Solo ahora puedo comprender. Ha pasado poco tiempo desde que le dije que se alejara. Ahora parecen siglos de ausencia. He querido, he intentado llamarlo. No puedo hacerlo. Sería el error más garrafal. Sé con certeza que jamás volveré a estar con él. Los dos se desvanecieron en un día, como el pequeño botón de una rosa al que se ha dejado de regar. Su amor y nuestro hijo murieron, no van a renacer. Solo queda este cuerpo horadado, el vacío en las entrañas”.

Dejó la bitácora abierta y se acostó. Las sombras proyectadas por las luces de los carros, que iban y venían en su trasegar nocturno, le provocaron algo de adormecimiento. Abrió los ojos de nuevo cuando la claridad del alba rozó la ventana. Aunque siempre había odiado el desorden, desde el día del accidente, su pequeño espacio se encontraba convertido en un caos completo.

“Dedicaré toda la mañana a organizar el apartamento. Debo poner en orden todas mis cosas, mi vida, ya, porque mañana tal vez sea muy tarde”. Pensó al levantarse. Prendió la radio, se dirigió a la cocina y preparó una taza de café. Sentada a la mesa, se lo tomó y fumó un cigarrillo. Volvió a fumar al regreso del hospital, aunque lo había dejado cuando supo que estaba embarazada. Pasó gran parte de la mañana limpiando la nevera, la cocineta y el estante donde guardaba en frascos de vidrio, decorados por ella, los granos, las harinas y las golosinas.

—Ahora falta la alcoba, el canasto de los papeles está repleto de hojas arrugadas y la biblioteca de Pepe está llena de polvo. El trabajo va a ser duro, así que, manos a la obra—, se dijo.

Arregló minuciosamente cada espacio. Cambió los objetos de sitio para ocupar más el tiempo y olvidar por momentos lo que le sucedía. El escritorio en el centro, la cama a un lado y al otro la biblioteca, muchos canastos y un armario donde guardaba su ropa y el baúl que le había regalado su abuela cuando cumplió quince años.

Al terminar, sacó del armario un vestido color violeta con un lazo rosado ceñido a la cintura. Era la primera vez que se lo ponía, esperaba una ocasión especial y había llegado. Se quedó largo rato en la ducha. Luego, se vistió despacio, tomó su bolso y salió. Al bajar las escaleras se detuvo a mirar las Jacarandas. Caminó observando el cielo, era un día nublado, triste, pero Alicia amaba los días como éste.

Pensaba en la forma como distraería a Gustavo, tenía que alcanzar rápidamente un frasco. Pero qué hacer. La prescripción que le habían dado en el hospital se había agotado y no tenía forma de conseguir una nueva. Ya le habían advertido de la aparente efectividad del medicamento, pero a ella las escasas que había tomado le habían hecho poco efecto. Afortunadamente el estante estaba cerca

al mostrador, en cambio las vitaminas que siempre compraba estaban al fondo del establecimiento. Gustavo entonces no vería cuando ella se apoderara del envase. Esa era la solución. Además, a esa hora solo estaba él en la droguería y poca gente transitaba por el lugar.

—Hola Gustavo, ¿cómo está?

—Muy bien, ¿y usted? Por lo que veo muy bien, se ve bellísima con ese vestido.

—Gracias.

—¿Viene por sus vitaminas?

Alicia asintió y Gustavo se internó por los pasillos. Aprovechó su ausencia, agarró el medicamento y lo metió presurosa en su bolso. Cuando regresó, ella tenía el dinero listo en sus manos y el pago del frasco que había robado. Mintió, advirtiéndole que estaría por fuera unos días y necesitaba que le dejara en la portería unas cuantas cosas de aseo personal, que juntas sumaban el costo del frasco robado. A Gustavo le pareció un poco extraño, pero recibió el pago de más en la cuenta. Alicia le agradeció y salió de la farmacia. Al salir, alguien la llamó. Era el hombre que vendía flores en un carromato.

—Niña, venga, tengo algo para usted.

—Ah, señor, ¿cómo le va?

No tan bien como a usted, pero ahí voy. Se lleva la vida como uno puede, ¿no? Ayer me trajeron sus flores preferidas, ¿va a llevar un ramo?

—Claro. Me estaban haciendo falta.

—A pocas personas les gusta la Siempreviva, dicen que parecen flores de muerto.

—Son hermosas. Mi señor, tengo que irme. Se me hace tarde. Hasta luego.

—Adiós, niña.

Tomó de nuevo camino hacia el edificio. Se detuvo a recoger unos ramilletes de las jacarandas que estaban sobre el pavimento. Apenas entró al apartamento, avanzó hacia el lavadero y dejó las flores en un poco de agua. Preparó de nuevo café y, después de tomarlo, recogió las flores, las colocó en una canastilla y las llevó al comedor. Se quedó sumergida por algunos instantes en las vagas ideas que rondaban en su cabeza.

—Todo está listo. Esperaré a que llegue la noche. Falta poco. Cómo quisiera borrar mis recuerdos de un tajo. Sigo atada a un pasado, sí, a un pasado que imploro olvidar, pero al parecer es como si gozara trayendo a mi memoria más amargos que dulces momentos.

Abrió el armario y sacó su baúl empolvado de olvidos. Empezó a ojear cartas, organizadas una a una cronológicamente y en pequeñas bolsas donde se leían nombres propios. Tomó sus diez libretas. Echó un vistazo a algunas fechas, pero se detuvo a releer una en especial. Sintió que ese día su historia había dado un gran vuelco.

“27 de abril de 1983.

Hola, hola, hola, ‘Hoy el cielo y la tierra me sonríen’, como diría Bécquer, pero no es que la haya visto. Han llamado del periódico. Empezaré a trabajar en una semana. En qué líos me meteré con él. Mamá me dijo: “ya era hora, algo por fin te sale bien, porque desde que andas con ese tipo, no has tenido sino problemas. Espero no te vaya a hacer cambiar de opinión”.

“Ella tenía la razón”, como siempre, pensó.

“1 de julio de 1983.

Le dije que se fuera. No aguantaba más. Poco le faltó para obligarme a dejar el trabajo. ¿Tomé una decisión apresuradamente? No lo sé. Pero ya no puedo echar un pie atrás. Se ha ido. Yo también debo alejarme de casa. Cómo me van a soportar, si ni yo misma lo hago. No he vuelto al periódico. Me alejaré, y no sé por cuánto tiempo.

Pepe y Claudia vinieron a visitarme, tienen buenas noticias, me dicen. Pero solo hasta que me recupere del todo piensan contarme. Insisten en que vaya

con ellos al cine o a su apartamento para quedarnos leyendo poesía un fin de semana entero. Los tres y un buen vino tinto. Tal vez vaya. Me hace falta salir de este encierro”.

“25 de julio de 1983.

Aquí estoy, en mi nuevo mundo. Pepe y Claudia se fueron a vivir a Barcelona, ella terminará periodismo allá y Pepe, finalmente, se dedicará por completo a lo que siempre ha querido: escribir. Con el dinero que ganó por el premio de su libro de poemas, podrán vivir un tiempo sin apuros. ‘Mejor inquilina que vos no vamos a encontrar. Además, necesitás estar un tiempo alejada, y sobre todo del tipo ese que la ha embarrado tanto. Así que no podés decir no’, me dijo antes de salir para ese viaje que nadie, y menos ellos dos, podría calcular un pronto regreso.

Ahora ya es mi espacio, Pepe dejó sus libros, sus adorados libros de narrativa y poesía, en préstamo y a mi cuidado. Hubiera querido viajar con ellos, implantar mares y kilómetros a esta tristeza, a la ausencia. Pero lo sé, a donde vaya estará conmigo. Y tampoco puedo imaginarme en medio de ellos dos e intentando rehacerme”.

“28 de julio de 1983.

No sé cuándo pienso salir de esto. Mamá no cesa de llamar. ‘En el periódico te necesitan. Me siento incapaz de volver en este momento’.

Cerró la bitácora cuando leyó la próxima fecha. Era el 3 de agosto. No quería traer a su memoria aquellos días, pero allí, en ese baúl, también estaban las camisitas que compró en el centro comercial. Las tomó y aferrándolas a su pecho, comenzó a llorar.

“Me encuentro todavía aquí, encerrada en mi pequeña caja de cristal, por la que pasaron, miraron, pero ni siquiera tocaron. Debo quemar todas las libretas. No quiero dejar evidencias ante nadie de lo que hice o dejé de hacer, tampoco quiero que él sepa lo inmenso que fue mi amor”, pensó.

Miró cómo ardían en las llamas sus escritos. Pensó que pronto acabaría todo.

Tomó su bolso y sacó el frasco con los sesenta somníferos que había robado en la farmacia. Esparció todo el contenido sobre el escritorio, junto a unas hojas en blanco. Empezó a oscurecer. Se quedó inmersa en sus pensamientos, mirando las paredes rosadas del apartamento, tal vez esperando que ese lugar donde siempre habitó la poesía le ayudara a comenzar.

Escribir el último testimonio. El de su muerte. No se sentía capaz de seguir luchando por sueños, la mayoría de las veces, solamente impresos en las ya sucias y deterioradas hojas de sus cuadernos. No quiso seguir, simplemente eso. En la penumbra de la noche, tan solo iluminada por una lámpara que estaba en el escritorio, y tal vez impulsada por la brisa fría que tímidamente entraba por la ventana, empezó a escribir su despedida.

“1 de octubre de 1983.

Sabía que llegaría el momento en que me atrevería a tomarlas. Dicen que su efecto es rápido y poco doloroso. El camino es corto. No tengo el valor para aguantar una larga y desesperante agonía. Mi tristeza, como la de cualquier persona, poco la entienden los demás. Dejé de pensar en su partida cuando supe que un niño comenzaba a ser parte de mi cuerpo, me llenó los días de sueños y regocijos. Pero todo se fue a pique con su muerte, y, en mi memoria, como martillos, se hilvanaron esos momentos que tanto ansiaba olvidar.

Empiezo a tomarlas una a una. Y trago a trago, un té de frutos rojos. Dulce mortífero, abrirás finalmente la puerta de mi caja de cristal, me liberarás por siempre. Madre, perdóname por provocarte este dolor. Desde que me fui de casa has venido cada domingo a visitarme. Serás la primera en leer esto. Mañana ya mi cuerpo no estará por acá, y solo quisiera pedirte que no me entierren en una tumba fría. No quiero que la gente que me conoció vaya a poner flores el primer y segundo año de mi muerte, para luego olvidar que alguna vez existí. Quisiera que mi cuerpo sea cremado y arrojes mis cenizas en la jacaranda de la esquina. Es mi último deseo.

Mis manos comienzan a temblar, siento frío. La cabeza me da vueltas, pero el dolor no es fuerte. Tengo mucho sueño. Finalmente, dormiré. Amé muchas cosas de esta vida, pero fui muy cobarde para encararla. Las palpitaciones del

corazón parecen estremecerme por entero. Se extingue. Mis ojos no alcanzan a distinguir. No sé si podré llegar hasta la cama”.

Empezó a sentir escalofríos. Tambaleándose fue hasta el armario, sacó una cobija y se acostó lentamente en la cama. El reloj marcaba las tres de la mañana cuando creyó respirar por última vez. Minutos antes una vecina había llamado preocupada a Pepe y a Claudia a Barcelona, las llamas que se veían desde su ventana contigua y los silencios de Alicia desde el día que rodó por las escaleras, la hicieron sospechar.

La llamada fue oportuna. Alicia despertó de su letargo el 30 de abril del siguiente año. En un televisor encendido, los noticieros anunciaban el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, un senador que por primera vez le había hecho reflexionar sobre política. Admiraba sus agallas para enfrentar al que con demasiados adjetivos se calificaba como el más grande narcotraficante de Colombia.

Unas horas después pensó que seguramente aún no era su momento para morir. También pensó que había sido lo mejor. No hubiera querido que su hijo presenciara la hecatombe que vendría a raíz de este asesinato. Uno más de tantos, que seguramente estaría lleno de enrevesadas teorías y falsedades. Tal vez, y a partir de ahora, tendría que rehacerse.



## POR UN POCO MÁS DE AMOR

¡Mami!, ¿dime, corazón? Te quiero mucho *má*. Yo también amor mío, siempre te voy a adorar ¡Y pensar que tal vez la lista de tus te quiero se hará interminable! Dímelo otra vez, amor. ¡Te quiero mucho, mamita!

La prima, primera, de la lista:

¿Julián, por qué no me dejas tranquila y te vas a jugar con tu prima Rosa? No voy, y no voy, ella es más grande y me pega. No mientas, Julián, que Rosita jamás te haría nada malo. Venga primo, deje en paz a la tía. Corte ya con su molestadera que no la deja hacer nada, ¿no ve que ahora llega su papá y ella tiene que servirle la comida? Venga primito, juguemos. ¿Y a qué? ¡No quiero! Es algo que usted no sabe y le va a gustar mucho, Juliancito. ¿Prima, qué es eso que tiene ahí? Yo tengo otra cosa. Pues muestre a ver. Si ve que le gustó primito... Ésta, es la mía, pero el suyo también. Dame un beso Rosa y sigamos jugando que se siente rico. ¡Y ahora quién lo va a convencer de otra cosa! ¿Se acuerda cuando éramos peladitos? ¡Julián! ¿Qué es la vaina de andar *pa* arriba y *pabajo* con su prima Rosa? ¡Como si no tuviera nada más que hacer! ¿Por qué no se preocupa más bien por estudiar Trigonometría y Cálculo? ¡Quiérame prima!, que yo la voy a amar toda la vida. ¿Cómo así prima? ¡Qué! ¿Qué se va a casar? ¿Por qué no me lo dijo antes? No ve que mi novio estuvo anoche hablando con sus tíos, me caso con Fernando y punto, primo. La voy a odiar toda la vida, Rosa. Perdóneme primito. Y si usted me odia toda la vida, pues yo siempre lo voy a querer.

Claudia, segunda de la lista:

¿Quieres ser mi novia, Claudia? Ven te enseño algo que no sabes. ¡Qué te crees atrevido, cochino, ni me toques! Yo, virgen hasta el matrimonio. Déjate querer Claudita. ¡Qué no! Y no, es no. ¡No sabes lo hermoso que fue! Nunca me había sentido así. Te amo Julián. Yo también mi amor. ¡Cómo fuiste capaz de hacerme esto Julián! Me engañaste con Pilar, la que se decía mi mejor amiga.

¡Yo te había dado todo mi amor! Vete bien lejos. ¡Pero ya! Y eso sí, a donde nunca más te vuelva a ver.

Pilar, la amiga arrepentida de Claudia:

No debimos engañar a Claudia, pero es que siempre me gustaste, no podía disimularlo más. No nos preocupemos por esas bobadas, dejemos a Claudia tranquila. Venga cosita rica y nos queremos otra vez. ¡Cómo te atreviste Pilar! Ni siquiera buscaste alguien mejorcito que yo, ¿qué le viste a ese idiota con cara de genio? No me dejes, Pilar. ¡Buscaré el día, el lugar y la hora más apropiada para suicidarme! Voy a morir de amor. No me abandones Pilar. No te ruego, Pilar.

Los buenos recuerdos:

¿Qué prima? ¡Si te has puesto como una vaca! No has hecho otra cosa que tener y tener hijos. Venga Julián, quiérame de nuevo. ¡Pero si estaba dispuesto a morir de amor, prima! ¡Qué carajo! Venga nos amamos otra vez.

Beatriz, la del juicio:

¿Que andás de novio con la idiota de Beatriz? La boba hasta se cree de mejor familia. Ya te veo amarrado primo. Julián estoy embarazada. ¿Qué, Beatriz? ¿Vamos a tener un niño? ¿No te parece que el *vamos* suena como a tropel? ¡No! Con este anillo te desposo... y prometo amarte para toda la vida.

Como siempre, una secretaria:

Lilianita, mi secretaria se me está poniendo en bandeja. ¡Hasta cuándo me voy a tener que esconder como si fuera un delincuente! ¿No se te puede ocurrir otra cosa distinta a andar de motel en motel? Ese fue el trato. Renuncio.

Las sociedades limitadas:

Isabella, no te preocupes, eso es un mito, las sociedades pueden ser de dos tipos. ¡No! ¡Julián, además de robarme, me dañaste mi matrimonio! Mérmale al show que estamos en quiebra, ése es el verdadero problema.

De nuevo Rosa:

Prima ayúdeme. Ya sabe, en las buenas y en las malas: yo le presto, ¿cuánto necesita? Julián, vamos a tener un hijo. ¿Qué, Rosa? Tranquilo que Fernando jura y come moco que es de los dos. ¿Si viste a Felipe, mi amor? Es igualito a ti cuando chiquito, sangre es sangre, ¿no? Uhmhu.

Ingrid, la hermanita de Beatriz:

¡Llegaste al colmo, Julián! Te las he pasado todas, ¡pero mi hermanita Ingrid! No te lo perdono. Ingrid, gatica, venga para acá. Te voy a enseñar el amor. Beatriz, ¡por favor! Lo podemos resolver de mejor manera. Me llevo a los niños, podrás verlos cada sábado, pero solo de dos a seis. ¿Qué te enamoraste de quién, Ingrid? ¿De tu profesor barbudo de Filosofía! ¿Ese que parece hippie harapiento? Se llama Eduardo, va a dejar a la mujer y nos vamos a casar.

No hay retorno:

¿Te lo recuerdo primito? Es que Ingrid me dejó. Quiérame como la primera vez prima, aunque me muera. Así, un poco más. ¡Julián! No importa. Un poco más, ámeme una vez más. Así, un poco más, ¡me voy a morir prima! De esta no me salvé. Me duele el brazo... Y el corazón, pero es de tanto amor, Rosa. No aguanto más. Me muero. Otro poco más. Que me muero. Muero, de amor.



Para los apasionados de salas oscuras.

## Solo UN *FLASHBACK*

El momento transcurría en un exasperante *ralentí*. Después de tanto tiempo de esas detestables y mínimas elipsis, Ernesto se acercó en plano americano pero un *zoom in* me hizo sentir el plano de dos más angustiante de mi rubor. No podía evitarlo, ahí estaba frente a mí en un gran primerísimo primer plano. Pero él ni siquiera podía sostenerme la mirada. ¿Cuántas palabras pronunció?, ¿dos?, ¿tres? Ya no importa. Era como esas bandas sonoras de un solo tema y dos compases musicales que completan un sonso, aburrido e interminable compacto entero.

Ernesto Castillo era el hermano mayor de Tere, la amiga más cercana que había tenido en los últimos meses. Me había aferrado mucho a su compañía, hasta que lo conocí a él. No se lo conté. Era incapaz de tan solo imaginar que nuestros largos y cotidianos planos medios empalmados con inacabables *two shot* terminarían por lo que su hermano me hacía sentir. Pero de todas maneras nos habíamos alejado, y estaba por pensar que ella lo presentía. No alcanzaba todavía a ser una panorámica, aunque ya solo era necesario abrir un poco más el teleobjetivo.

Celebrábamos el cumpleaños de Tere. Dos días atrás cuando ella me llamó en plano medio para decirme: “Amiguita, ¿qué crees? Mi mamá está angustiada porque a nadie se le ha ocurrido hacerme una fiesta por mis veintitrés, llamo a invitarte a un asado el domingo”.

Agradecí que Tere no pudiera ver mi reacción en *close up*. Colgué. Desde ese instante caminé en un plano cerrado de piernas deshaciéndose. Entré a mi cuarto y me lancé sobre la cama desde un encuadre cenital. ¿Cómo lo iba a saludar?, ¿qué me iría a contar?, ¿cómo me voy a vestir? El *full shot* de mi espejo no ayudó para nada, ¿estaré más gorda que la última vez que me vio? No voy a angustiarme por esto, pensé. Pero sí lo hice.

*Fade in* que se entrelaza a un *flashforward*.

El domingo llegó finalmente. Ahí estábamos muy cerca, pero en *médium shot*. Como ya no sabía qué planos inventar para llamar su atención, decidí llevarle unos guantes de lana que dejan la mitad de los dedos libres, porque le habían gustado mucho unos que llevé a las vacaciones que pasamos juntos en ese lugar mágico de escaleras sin fin hacia el cielo y bosques donde en cada veredita, donde al parecer habitan las hadas y criaturas de aquellas cosas que nunca existieron. Nos habíamos conocido cuando llegó el comienzo de ese año. A mi mente llegaron algunos fotogramas en *flashback*, sensaciones de grúas en un concierto de rock de los Rolling Stones.

Me acerqué en *close up*: “Te traje unos guantes”, dije torpemente.

—Gracias, muchas gracias, Isabel—, dijo él, también torpemente. Gran *zoom back*. ¿Cuánto tiempo pasó? No sé.

*Slow motion* otra vez.

Desmenuzábamos un queso despaciosamente, dijimos monosílabos en *big close up* de nuestros labios. Mientras tanto sentía muy fuerte el sol sobre mi rostro, y su insistente mirada desde ese filtro transparente que lo protegía. ¿Estaba enamorada de Ernesto? Aún no he podido saberlo. Estar cerca de él me producía ese júbilo que sienten los niños cuando juegan a las escondidas en *big long shot* durante horas. Pueden ya saber de memoria donde está su compañero de juegos, pero siguen y repiten, gozan y ríen, como si descubrieran el mundo entero en primerísimos primeros planos.

Tal vez deseaba sentir, en subjetiva, qué había detrás de su ingenua mirada, de sus palabras simples, de esa manera poco *steady cam* de ver la vida. Por eso era que me gustaba tanto. Los caminos retorcidos en corte directo eran míos, y ya estaba muy cansada de tanto ir y venir en *dolly* circular de 360 grados, buscando un no sé qué, que no sabía qué era.

*Fade in* de diez cuadros nada más.

El queso se terminó. Llegaron sus padres, llegó Tere también. Hicieron un *travelling* por todo el jardín, panearon muy cerca y con un *dolly back* simultáneo a un *zoom in*. No, no hay ninguna invención, es simple alusión a Vértigo. Me descubrieron. Ellos lo sabían, y también lo callaron.

Después llegó una gran marcha de invitados, bajaban las escaleras. Para mí no eran más que barridos de treinta o menos fotogramas. La hora del ángelus se posó sobre el jardín y, solo muy en segundo plano, nuevamente escuché unos cuantos monosílabos más.

Pensé que era mejor dejar congelada la imagen de Ernesto cuando me miraba muy en plano general, aunque yo lo sentía tan cerca como un *close up*.

Ahora prefiero sentirlo como un gran *flashback*, no tiene disolvencias, ni cortinillas de ningún tipo, tampoco cabe un corte musical melancólico o el violonchelo de un adagio. Se va, se esfuma solamente por corte directo.



A Martha, doctora de cuerpecitos que apaciguó esta alma inmensa.

## “SOLOS, NOSOTROS DOS”

La misma escena se había repetido durante varios días. Pero hoy, el tono comenzó a subir a tal punto que se volvió insoportable. Todas las mañanas tenían la misma discusión y por insignificancias como los cuarenta centímetros indicados para cada uno en el espejo. Lo que podría llamarse irascible, pasó a ser el ejemplo de la intolerancia. Dos parecían cuatro, o hasta seis.

—¿Cuántas veces te he dicho que yo soy la que se arregla primero? Ya mi tiempo está más que calculado: treinta y cinco minutos para bañarme, veinte para desayunar, quince para maquillarme y otros veinte para alisarme esta maraña de pelo inmanejable. ¡Pero no!, la lógica es que pretendas siempre venir a entrometerte al baño cuando yo estoy aquí, quedarte como idiota mirándome las llantas que cada vez se me notan más, y lo peor, apropiarte del espejo cuando voy en la segunda pestaña. ¿Entendiste? ¿O te lo repito?

—¿Estás con tu período, cierto?

—¿No pueden inventarse otra cosa? Antes ni siquiera se preocupaban por saber qué sentíamos, ahora todo se lo culpan a la regla. Mira, te lo voy a explicar de nuevo, la histeria nos da en el período premenstrual. Y no imaginas lo cierta que es.

—¡Ah! Entonces, ¿estás en tu período premenstrual?

—¿Por qué no te callas cinco minutos y me dejas terminar? Además, no entiendo para qué sigues levantándote a esta hora si no te gusta salir en las mañanas. La que tiene que dar su linda carita en la oficina soy yo.

—¡Su linda carita, sus piernotas, su..., cosita hermosa!

—¡Imbécil!

—No entiendo por qué te comportas así. Tú pusiste las condiciones: Paulo es para la noche, Andrea es para el día. Así me lo dijiste; no, más bien, así me lo ordenaste el día que comenzamos. ¡Ah, tiempos aquellos! Fue como un pacto de amor, ¿se te olvidó? ¡Oye, mírame, dime algo, no seas malita! Si quieres cambiamos de horarios.

—Ah sí, ¡cómo no! Y entonces Paulo con esa cara de amanecido en quién sabe qué bar de la peor calaña, va a ir a pellarle el diente a Camilo de la Paz, mi adorado jefe...

—Que entre otras cosas, se muere por estrujarte y cogerte cada centímetro.

—¡No puedes pensar en otra cosa que en sexo! ¿No hay otra palabra en tu escaso vocabulario, cierto?

—Contigo, definitivamente, no. Es más, ¿por qué no te quitas esa blusa ya? Y no reniegues, que tú eres la que hace todo para ser la tentación en persona. Venga mi vida, solo un ratico. ¡Ay, cómo estás de rica!

—¡Maldita sea! ¡Se me hace tarde! Que no tengo nada con Camilo. ¿No entiendes? Y no voy a tener nada con él.

—Sí, claro, cómo no. Ahora cuéntame una de vaqueros porque ésta no te la creí. Te mueres de las ganas, Andrea, a mí no me digas mentiras que te conozco como la palma de mi mano.

—Es casado, ¿no entiendes, Paulo?

—Pero no capado.

—¡Como si eso cambiara en algo el asunto!

—Es muy simple, Andrea, le sigues la cuerda, le aceptas una de las mil invitaciones que te ha hecho para cenar, te tomas los vinos necesarios y al grano. No hay ni necesidad de moño rojo, se lo das. Tienen una gran noche de pasión y al otro día te haces la pendeja. Tal vez, luego se repita y listo, asunto concluido. Entonces te quitas esas ganas tan horribles que tienes de que tu jefecito Camilo te arrincone contra la pared y te la meta.

—¡Cochino, asqueroso!

Andrea se desmadeja y no lo aguanta más. El maquillaje recién y meticulosamente aplicado comienza a correr por las mejillas y se desparrama sobre la capa de base que le vendieron en el súper, asegurándole que ni se corría ni se notaba, porque su gran “plus” era la manera perfectamente natural como se fusionaba con la piel. Paulo se le acerca y le limpia las lágrimas con ternura, trata de ser menos, ¿terrenal? Pero no puede. A la tercera frase vuelve a sacarla de quicio.

—Ya, chiquita, no llores. Si no cambias esa cara vas a verte igual a mí, y no querrás llegar así a donde Camilo, ¿cierto?

—¿Sabes cómo me dice últimamente?

—¡Ay Andrea! Es lo menos original del mundo, “mi niña bonita”. ¡Por favor, es el nombre de una canción!

—¿Y?

—Y nada. Es una simple estrategia que, por cierto, para ti es un acierto, y valga la rima interna. Andrea, no seas tonta. No me vayas a decir ahora que pretendes que pase algo más entre ustedes.

—Pues...

—Pues nada, Andrea. El tipo tiene a su mujercita esperándolo todas las noches, seguro se la tira muy bien, lo que pasa es que es medio o mejor, bastante pipiloco. Pero es que contigo, cualquiera.

—¡Te odio Paulo! No entiendo todavía quién me mandó a enredarme contigo.

—¿Pues quién, sino tú misma?

—Me voy, no me jodas más.

—¡Uhmhu!

Andrea toma las llaves y cierra con fuerza la puerta de su casa. Saca el espejo de mano y sonríe falsamente tratando de olvidar la discusión, y a Paulo. Media hora después, cuando se abre la compuerta del metro en la estación que le queda más cercana a su oficina, y que, como todas las mañanas, está atestada de ojos libidinosos, observa su reloj de pulso y sonríe con calma porque a pesar de Paulo, no se retardó. Pero la pequeña victoria cantada, le dura muy poco tiempo.

—¿Qué haces aquí, Paulo?

—Nada, te estaba esperando: sin ti no puedo vivir.

—¡Eres un idiota!

—Pues seré muy idiota, pero definitivamente hoy no te voy a dejar sola ni un minuto.

—No necesito que me cuiden como si fuera una niña chiquita. ¡Es el colmo! Mira, Paulo, nuestro acuerdo era otro, ni creas que voy a aguantarte todo el día en la oficina molestándome, así que, esfúmate, cariño, ya estoy muy grandecita como para tener semejante escolta de pacotilla. Lo único que haces es estorbar y lo peor es que puedes meterme en problemas, como todas las veces que te has aparecido por acá.

—¡Pero, niña! ¡Qué sensible estás! Creo que de hoy no te salvaste, es el día, o mejor, la noche precisa. ¡Pues claro! ¡Cómo se me pudo olvidar que hoy es la fiesta anual de la empresa!

—Adiós.

—Bye.

Y fue muy cierta la advertencia de Paulo. Esa noche de viernes llegó más apresurada que cualquier otra noche de viernes. Camilo no se guardó ninguna insinuación y fue bastante claro cuando le advirtió a Andrea que su esposa no vendría a la fiesta porque se había ido a visitar a su mamá con los dos niños, que a todas estas no juntaban ni diez años. Pero el asunto verdaderamente

grave era otro: estarían ausentes todo el fin de semana. Andrea pensó que en verdad no se podría salvar del acecho, aunque finalmente lo ansiaba con ganas desaforadas. Al menos intentó disimularlo.

—¡Qué pena me da decírtelo, querida! Pero creo que sí te va a tocar alistar el moño rojo, o la crema chantilly para echártela en la cabeza, porque tienes una cara de postre impresionante. No hay poder mundano que te salve, o más bien, el poder mundano no te salvará, mi adorada Andrea.

—Fuera de aquí, no voy a decirle que sí. ¡Cuando digo no, es no!

—Me hiciste acordar de una caricatura de un tipo de apellido Garzón. Hay una pareja sentada en una de esas bancas de parque, ella dice un gran No, pero está llenito de Síes. ¿No la viste nunca?

—Ja, ja, tan chistoso, ¿no?

—Mira, se acaba de prender el bombillito del intercomunicador. No te digo que ese hombre está encendido por todos lados.

—¡Cállate!

—¿Andrea, puedes venir a mi oficina?

—Sí, claro, ya voy para allá.

—Ahora, como mínimo, se inventa algo para sacarlos de la fiesta y quedarse solito contigo.

—¡Esto es el colmo del descaró!, ¿por qué no me dejas en paz un minuto al menos?

—Ya te lo dije, hoy no. Además, ¿yo por qué? El que no te va a dejar en paz es tu De la Paz, querida.

—Eres lo peor.

—Sí, ¡cómo no!

—¿Me llamabas?

—Sí, mira Andrea, es que... necesito que me ayudes para que no se extienda mucho la fiesta hoy, ya sabes, la gente se emborracha y luego no hay quién los saque de aquí. Entonces hay que poner una hora fija para que todos se vayan. Luego nosotros nos encargamos de cerrar y dejar todo en orden.

—Te lo dije, ¿no?

—No seas tan mal pensado.

—Sí, claro, cómo no. ¡Qué buena disculpita la que se ha inventado Camilo para quedarse a solas contigo! Mira que ustedes a veces son mucho mejores para este tipo de mentirillas, pero a ésta podríamos darle puntos, estuvo muy buena.

—¿En verdad? Tú crees que todo esto se lo inventó para...

—Sí jovencita, para eso, ¿para qué más?

—Ay, no, yo no creo. Ése no es capaz.

—¡Te quedan unas pocas horitas, corazón!

La gente, bastante tomada, comenzó a irse. Pero eso sí, únicamente, porque no se soportaron los empujones que Camilo les dio para quedarse a solas con Andrea. Ella, aunque al comienzo bebió con medida para no doblegarse, tomó algunos tragos de más mientras la fiesta y el ya descarado coqueteo de Camilo avanzaban.

—¡Así, así te quería ver! No te imaginas hace cuánto tiempo me moría por estar contigo.

—No, Camilo. No, espérate. No podemos.

—¿Cómo que no podemos? Claro que sí. Mira, ya no hay nadie. Estamos solos, nosotros dos. Ven, déjate querer. Andrea, me estoy poniendo muy caliente.

—No, Camilo. No. ¡No aguanto más! ¡Así, así, bésame más! Allí, allí, bésame allí. Ya voy a llegar Camilo, ya voy a llegar. ¡Camilooo!

—Te lo dije. El No, estaba lleno de Síes.

—¿Y ahora qué va a pasar Paulo?

—Pues nada. Ni te pegues mucho del teléfono que no va a llamar.

—¿No?

—No, Andrea. No sueñes. Mira, cuánto vamos a que el lunes te va a evadir todo el día, y cuando ya vayan a salir, llamará a tu oficina para pedirte que por favor olviden todo, porque su esposa lo está esperando en el aeropuerto y pues...

—¡No, eso no puede ser!

—Entiéndelo Andrea. Ya lo sabías, no me vengas con cuentos. Los que estamos solos, somos nosotros, no tú y él, no seas ilusa, ¡por favor!

—¡Maldito! ¿Sabes qué? No quiero estar contigo un día más, no quiero que me sigas, no te quiero más, ¿lo entiendes? Además, se supone que te puedo desaparecer en cualquier momento, no eres más que un producto de mi imaginación, eso lo dice cualquier libro de psicología barata.

—Pues no, mi querida señorita. El que decide cuándo se va soy yo, así sea muy producto de tu imaginación. Y, además, como ya lo has dicho, por tu bien va a ser mejor que por esta vez ponga la cara yo, así me vea trasnochado y taciturno. Entonces, Paula Andrea Silva, es la hora de que vivas como Paulo Andrés todo este fin de semana y te olvides de lo que pasó anoche, porque si no vas a armar un drama tan extremadamente ridículo que te vas a arrepentir. Así que nos vamos ahora mismo para un bar donde tocan unos blues riquísimos, pero aquí chillando no nos vamos a quedar. ¿Me entendiste?

—Y si no me llevas a rastras, ¿cierto?

—Exacto.

—Vamos, pues.

Andrea y Paulo compartieron el espejo sin discutir. A la velocidad de Paulo, ella no se tomó más de diez minutos en arreglarse. Salieron para buscar el olvido y muy rápido lo encontraron en aquellas melodías nostálgicas negras, mientras en casa, el teléfono repicó insistente con intervalos máximos de media hora.

## 85 KILOS, 98 GRAMOS

Los números avanzan hacia los decimales sobre la pantalla digital de la balanza. Se detienen en 85 kilos, 98 gramos. Claudia tiene el rostro tenso, aprieta los párpados y baja la cabeza. Abre los ojos despacio, mira el peso y se baja inmediatamente, como impulsada por la rabia. Desconecta la pesa, cuenta mentalmente unos segundos, de nuevo la enciende. Se quita una levantadora en algodón negro y la arroja encima de la tapa del inodoro. Se sube para certificarlo. Los dígitos vuelven a correr, y el peso es exactamente el mismo. Hala el cable con más fuerza. De la toma corriente saltan unas chispas. Empuja la báscula con fuerza hacia un armario y la esconde al fondo.

“¡Putá vida!, ayer no tenía esos 98 gramos, claro, debió ser el pastel de pollo grasiento que tuve que comerme en la cafetería del hospital. Le dije a Joaquín que podía esperar hasta que saliéramos de allí, quién le dice no cuando insiste con su retahíla: ‘tienes que cuidarte mi vida, la dieta puede esperar’. ¿Por qué tendré que hacerle caso? Ya, hoy acabo con todo esto”.

Claudia se mira en el espejo de cuerpo completo, se sube el resorte del calzón, y aprieta su abdomen. Revisa su sostén y se acomoda el broche del protector. Está empapado. Respira fuerte, molesta. “Hasta cuándo, maldita sea, hasta cuándo pareceré una vaca lechera. De 57 a 85. No, 86, por cuenta de la estupidez de ayer. Tres meses de dieta y no he bajado más que cinco infelices kilos. Estoy hedionda. No entiendo cómo vino a aparecerse Héctor, preciso en este momento. Según él, ahora soy más bella. Puro cuento, solo para convencerme”.

Desde la cocina llega el aroma del café recién hecho, se escuchan las cacerolas donde estalla la mantequilla para unos huevos fritos, y Pablito que tamborilea insistente con una cuchara. Claudia se mira y arquea su cuerpo con asco. Con la mirada fija en el espejo habla en voz baja imitando a Joaquín: “amor, ya está servido el desayuno”. Voltea a mirar hacia la planta baja de la casa.

—Amor, ya está servido el desayuno.

—Ya voy.

Claudia toma aire con fuerza y niega con la cabeza. Camina hacia la cama donde está extendido un vestido negro holgado.

—¿Amor? Se enfría.

—Que ya voy.

Joaquín le da vueltas a la cuchara plástica, balbucea a Pablito el sonido de un avión. El bebé, en una silla comedor de dinosaurios, abre la boca divertido y saborea la compota anaranjada. Joaquín le limpia las comisuras con el babero, Pablito escupe parte del puré sobre la corbata de Joaquín, quien no puede dejar de reírse ante la carcajada del niño.

Claudia entra a la cocina, trae en una de sus manos un tetero lleno. Lo deja sobre la mesa, se acomoda el cinturón del vestido, intenta que el gancho entre en el pasador más angosto, pero no lo logra. Lo deja más flojo. Frente al asiento libre hay una canasta con pan blanco, jugo de naranja, café, y un plato con dos huevos fritos humeantes. Mira el desayuno sin sentarse, va hasta la nevera y la abre. Toma una única manzana que está sobre las parrillas. Le da un mordisco y le hace un pequeño guiño a Pablito, que le extiende las manos para que lo cargue. Claudia se hace la desentendida y da unos pasos alrededor de la mesa.

—¿No vas a desayunar?

—Estoy desayunando.

—Pero es que eso no es desayuno, Clau, debes cuidarte.

—Sí, para alimentar a Pablito, ya sé. Y para seguirme poniendo como un cerdo.

—Estás divina, amor.

—No es cierto. Divina antes de tener estos casi treinta kilos de más. Puedes empacar el desayuno y llevártelo a la oficina porque yo no pienso comérmelo.

—Sigues molesta por lo de ayer.

—No estoy molesta. Ya te lo dije, y te lo repetí. Igual, a mí también se me hubiera podido resbalar desde cualquier parte. Pablito está perfecto, ¿no?

—Sí, eso dijeron los exámenes.

—Que duraron más de cinco horas.

—Teníamos que estar seguros.

—Ajá.

Joaquín coge los platos del desayuno, los mete en el horno de la estufa. Lava rápidamente los trastes y saca del bolsillo de su chaqueta otra corbata. Se la anuda ágilmente. Claudia lo observa imperturbable. Mastica un nuevo bocado de la manzana. Pablito palmea sobre el dinosaurio púrpura. Joaquín se le acerca, lo acaricia en la cabeza y quita el seguro de la silla. Se cuelga el arnés sobre el pecho acomodando a Pablito, y en uno de los bolsillos pone el biberón lleno.

—Lo dejo en casa de Beatriz y sigo derecho para la obra.

Claudia asiente sin pronunciar palabra. Joaquín se le acerca, se agacha y la besa en la boca. Pablito extiende la mano para tocar la cara de su madre, ella apenas sonrío.

—Un beso para la mamá más hermosa, y nos fuimos.

—Ajá.

Claudia espera hasta que Joaquín cierra la puerta que da a la calle. Se incorpora, camina hasta la ventana de la sala para cerciorarse. Escucha el sonido del motor que arranca. Avanza hasta la pequeña puerta del rellano. Saca un maletín pequeño que arrastra hacia el estudio. Deja el equipaje cerca de la entrada. Hurga en el escritorio hasta encontrar una hoja y un sobre.

Cincuenta y cinco minutos después, Joaquín acciona el seguro del carro, y separa del manojito una llave. Cuando la introduce en la chapa, ruedan al

granito de la entrada un paquete de uvas, dos manzanas, una pera y un gajo de bananos. Mira las frutas que ruedan en desorden y se ríe de su torpeza. Las recoge despacio y las mete en la bolsa de supermercado.

Claudia deja el sobre junto a la cafetera, que continúa en la mesa del comedor. Toma tres biberones llenos y los lleva hasta el refrigerador, los coloca en una de las parrillas y cierra. Revisa en su bolso un monedero abultado y el celular en el bolsillo central. Un rayo de luz entra a la sala desde la puerta que da a la calle. Joaquín detiene su paso al casi chocar con la maleta, mira hacia el pasillo donde Claudia se ha quedado inmóvil.

—Te traje frutas.

—Sí.

—Dejé a Pablito en casa de Beatriz.

—Sí.

—Y mejor me voy, deben estarme esperando.

—Sí.

Joaquín observa nervioso la manija lista para ser embalada. Claudia da unos pasos hacia el comedor, toma el sobre.

—¿No vas a preguntarme para dónde me voy?

Joaquín mueve la cabeza negando. Claudia se le acerca, le entrega la carta.

—¿Lo abres, o prefieres que te lo diga?

—No sé. Imagino que otra vez quieres irte.

—Esta es definitiva.

—Si es por lo que pasó ayer, ya te juré que nunca volverá a suceder. Fue un terrible descuido.

—Al contrario. Ahora sé que puedo estar tranquila. Puedes ser padre, madre y hasta abuelo al mismo tiempo. Es más, si pudieras, te habrías fertilizado *in vitro*. ¿Ves?, todo lo haces a la perfección.

—No entiendo qué es lo que te pasa, Clau. Ha de ser la depresión posparto, ojalá los cambios hormonales no te vayan a durar tantos meses, como dicen algunos médicos.

Claudia comienza a exasperarse, se acerca más a Joaquín, que está apostado junto al maletín como si quisiera alejarlo de ella.

—¿Me permites?

—Va en serio, ¿no?

—Lee más bien.

Joaquín la abre nervioso. Hay unas pocas líneas. Levanta la cabeza, y la mira incrédulo. Ella aprovecha para llegar hasta la puerta.

—¿Cuál Héctor?, ¿el pintor vago que te dejó en la puerta de la iglesia por irse en autostop a Buenos Aires?

—El mismo.

—Tú no me puedes hacer esto. ¿Nos vas a dejar a tu bebé, y a mí?

—Sin escenitas, ¿sí? Me están esperando.

—Amor, piénsalo bien. No quiero que te vayas, ¿ahora qué voy a hacer?

—Lo mismo de siempre, Joaquín. Eres el hombre perfecto. Aunque, si necesitas que alguien te ayude, bien puedes llamar a Beatriz que se muere de ganas por quedarse aquí con todo su trasteo.

—Ah, entonces es eso, ¿estás celosa de Beatriz?

Claudia no logra comprender la ingenuidad de Joaquín, se enrojece como si fuera a estallar, le pasa muy de cerca y sigue hacia la calle.

—Llamo en unos días.

Joaquín le hace un nudo a la bolsa de las frutas, se las entrega, en sus ojos brillan las lágrimas que no ruedan por el rostro. Claudia adelanta unos pasos hacia un parque que está frente a la casa.

—Esta vez no te voy a esperar.

Claudia asiente sin volver la vista. En uno de los costados del parque hay una destartada camioneta Ford pintada de amarillo estridente. Se dirige hacia ella. Joaquín vigila a Héctor que cierra la puerta del conductor, le recibe el equipaje a Claudia y lo guarda en el asiento de atrás. Ella entra al carro, baja la ventanilla y mantiene su mirada hacia la casa, le hace una mínima señal de despedida a Joaquín.

El exosto expulsa una gran humareda. Joaquín los observa impasible, mientras Héctor y Claudia se pierden camino hacia la carretera.

## UNA MUJER LLORA EN LA CAFETERÍA DE UN SUPERMERCADO

Una mujer llora en la cafetería de un supermercado. Es pleno mediodía y ella recrimina las lágrimas que salen de sus ojos hinchados y dolorosos. A su lado hay un hombre con el cuerpo tenso. Sus edades son similares, alrededor de los cuarenta y cinco. Tal vez él es mayor, más cercano a los cincuenta.

No hablan. No se miran. Ella toma una servilleta que está en la bandeja del almuerzo sin acabar. La lleva a los ojos y se limpia el rostro, pero su melancolía es inacabable. Siente vergüenza, mira hacia los lados. Hoy, particularmente, el sitio no se encuentra atestado de comensales. Está en medio de una zona universitaria de la ciudad, pero la gran mayoría de estudiantes ya han terminado el semestre. Eso, seguramente lo agradece la mujer.

Como a diario lo hacen, se citaron para almorzar. Sus sitios de trabajo son muy cercanos, coincidieron en eso y en querer vivir cerca. Anhelaban una casa con árboles frutales, donde se escucharan muchos pájaros al amanecer. Eso hizo parte de sus planes desde siempre. Y ahora pretendían estampar la perfecta e inmaculada postal con cada uno de sus sueños, aunque ya eran escasos los instantes para regocijarse de lo que habían conseguido. Por eso, en los últimos meses se habían propuesto darse, aunque fuera unos minutos al medio día y acompañarse mientras el uno comentaba al otro las absurdas preguntas de sus estudiantes o lo tediosa que había estado la reunión de la decanatura.

Hoy fue diferente. Ella no lo esperaba, o tal vez sí. Él acaba de decirle que ya no habrá otra oportunidad para ellos. La razón es aplastante: el arrojito personificado en una de sus estudiantes. Desde comienzos del semestre lo ha asaltado en cada descuido para revelarles que le encanta y hará hasta lo impensable porque su amor es más fuerte que estos veinte años en que ellos dos estuvieron juntos.

“Ya no siento nada”, le dice él. “Esto hace mucho tiempo no es más que una costumbre, rutina, desidia. Me va a tragar el hastío, mujer. Me pongo viejo, y tal vez esta sea mi última oportunidad de vibrar, de volver a vivir”.

La mujer niega primero con la cabeza, luego sonrío. Las lágrimas en sus ojos brillan con un recuerdo. Él le asegura que no es un embeleco de hace unos días, se ha resistido durante varios meses. Todavía no ha sucedido nada con su alumna. La cuestión es que ya no quiere postergarlo más. Le advierte que no tendrán ningún alcance en él los discursos sobre las diferencias de edades y pensamientos. Es mejor que no se desgaste en quimeras.

La mujer vuelve a sonreír sin permitir que el desconsuelo se aleje. Si es cierto que existe un Dios, es cierto también que no se guarda nada. Ni juega a los dados, como dicen en una película de la que olvidó su nombre. En ese momento saca entonces sus memorias del bolsillo, donde también están los paños para las congojas. Es su última arma. Comienza el relato ufanándose, recapitula despacio pensando que podrá recuperar lo que él ya no titula amor.

“¿Algún día te conté que antes de conocerte aceché hasta enloquecer a uno de mis maestros?”. A él, aunque ya no la quiere, le molesta. Siente que le pertenece como una propiedad, o como lo que sea, pero es suya hasta que ambos testifiquen lo contrario. Por eso lo disimula. Permite que ella lo intente. Aunque sabe muy bien que las palabras de su esposa causarán apenas un leve dolor.

“Pienso en lo sencillo que es ahora. Pero yo en esa época le llamé el operativo, la emboscada, algo así. Tal vez por lo que se escuchaba en los pasillos de la universidad, por el último golpe del *Eme*. Quién sabe. Le dejaba papelitos debajo de la puerta de la oficina, primero sin firma, luego hasta con mi perfume y un garabato que solo él podía reconocer. Como no me contestaba nada y todo en él era solo evasivas o se escabullía cada vez que sentía que lo iba a perseguir, un día me le presenté en su oficina usurpando el lugar de mi cómplice de desmadres, ella sacó una cita y yo fui la que asistió. Tragó entero apenas entré con el vestido que me acababan de regalar por mi cumpleaños”.

El esposo de hace veinte años que no hace parte de esas aventuras la interrumpe. ¿A dónde pretende ir con esa historia? Recuerda, y se lo dice comenzando a molestarse. Algún amigo quiso convencerlo de no arriesgarse con ella, se

hablaba mucho de su comportamiento descocado y de los tantos amores que había tenido. Por eso, también le menciona que en ese momento hizo mutis por el foro y no le permitió a su amigo que le contara nada. “Ya no necesita escucharlo. Ha pasado mucho tiempo. Como si fuera en otra vida”.

La mujer limpia otra lágrima que le cae y renueva sus memorias sin prestarle atención. “Casi desmaya este hombre con sus veintitantos años de más, con su resquebrajado matrimonio y con sus hijos en adolescencia tardía. ¿Qué pretendes?, me dijo. Cerré la puerta de la minúscula oficina y me le acerqué desvergonzada. Me voy a dar un regalo postergado de cumpleaños, ese regalo eres tú. Sudó, se puso lívido, pero no pudo más que seguirme. Agarré las llaves de su carro que estaban sobre la mesa del escritorio y le dije que lo esperaba afuera en cinco minutos.

Te conozco mucho más que la chica que pretende ahora acabar en un segundo con toda la vida que llevamos juntos. Te molesta, y tanto, que comienzas a sentir un poco de celos. A pesar de que jamás has llegado al extremo de hacerme ni la más mínima escena. El esposo baja la cabeza y niega con decepción. Me hierde es lo que estás haciendo ahora, mujer. Ya para qué. ¿Qué?, ¿te exaspera que intente reconquistarte por última vez? No te avergüenza citarme aquí donde cualquiera puede escucharnos. Decirme así sin más que te vas de casa, de nuestra casa y por una niñita que seguramente hará lo mismo que yo hice cuando tenía su edad. Apenas logré ponerle patas arriba la vida al profesor, y te vi entrando en la cafetería de Humanidades, lo mandé al mismísimo carajo. Se acabó tan rápido como empezó”.

Ella logra que sus últimas palabras lo perturben. Su voz comienza a subir de tono y las lágrimas son evidencias. Nadie lo ha embaucado. Sabe muy bien que se expone a ser la aventura de turno. La cuestión es otra. No le quedan ganas de hacer ningún esfuerzo más con ella, aunque siga siendo su compañera. El lugar donde trabaja, su cargo, la vidita que han ido comprando año tras año y los sueños que tenían ya no son los mismos. No entiende en qué momento se dejaron atrapar por una seguridad canjeada en un anaquel repleto de falacias. Quiere recuperarse, recobrar también los sueños que tenía cuando se casaron. No, mejor, cuando apenas eran novios y las palabras hipotecas, doctorados, automóviles, proyecciones y seguros, ni siquiera hacían parte de sus listas de prioridades.

Lo más certero se lo dice antes de incorporarse de la silla de la cafetería donde ahora quedan solo dos personas más. Penetra como una daga final: “la mujer que yo amaba dejó de existir hace muchos años”. Ella implora tiempo. Sí, es cierto, se ha perdido en banalidades. Él podría ayudarla. Si los dos apuestan por ello van a lograrlo. Sin un solo gesto de duda se lo reitera, tal vez sea su última búsqueda, pero la hará solo, sin ella.

El hombre se incorpora y su voz es casi imperceptible, pero lo dice: “No me esperes”.

Ella empuña sus manos para no atajarlo cuando se dirige a la salida sin mirarla de vuelta y sin decirle que hoy pidió un permiso especial en el trabajo. Al final de la mañana no necesitó más que dos maletas para guardar lo que supuestamente le pertenecía de los años junto a ella. Las llevó al baúl trasero y se dirigió a la cafetería para decir un definitivo adiós.

Comienza a llover en el diciembre desolado. La mujer llora en la cafetería del supermercado. Mira hacia los ventanales y mientras observa alejarse al hombre por quien sus lágrimas seguirán deslizándose con insolencia, la lluvia y ella parecen reclamar hacia la cordillera en la que los picos de las montañas se oscurecen para adular la tarde y llamarla melancolía.

Esta edición consta de 100 ejemplares.  
Se diseñó y diagramó en la Editorial Unimagdalena.  
Se imprimió en octubre de 2017 en los talleres de  
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres  
Carrera 69H No. 77-40. Bogotá D.C., Colombia.

En su composición se utilizaron caracteres  
Minion Pro 12 puntos y Helvética LT Std 14 puntos.  
Formato 17 x 24 cm.  
Su portada va en papel propalcote de 300 gramos y las páginas  
interiores en papel book cream 70 gramos.

